

Carta a un muerto

Querido Raul López (1961-1982)

Nuestro amigo Juan José Romero, que terminó con un balazo en la cabeza y por lo tanto, medio tonto, me llamó y me dijo que moriste en Malvinas o Facklands cuando te cayó una bomba encima. Que me perdone Juan José, pero no tuve fuerzas ni estómago para ir a verlo.

Y mientras vos enfrentabas la guerra, yo les decía a algunos amigos circunstanciales que prefería que ganasen los ingleses, lo que además me parecía inevitable, porque empezar esa guerra era como despertar a un gigante con un granito de arena.

Al enterarme de tu muerte tuve un sueño que se repitió por meses y me hizo sentir raro y fatídico. En el sueño se mezclaban imágenes de la exclusiva Plaza Mitre, en una noche en la que presencié la formación de un círculo móvil de masones encapuchados que parecían conjurar el mal y la angustia que se vivían por la guerra. También el sueño se enmarcaba en una noche invernal de nuestra escuela de pupilos pobres en la que me escapé al río y bailé durante horas con una radio portátil y chillona, para mantenerme en calor. Y vos estabas como habíamos estado en una tarde de 1980, en la terraza del edificio central de comunicaciones de la Marina y ya tenías el grado de Cabo experto en telecomunicaciones.

Vos aparecías en la terraza y estabas engrandecido, de más de dos metros y me decías, con lo petiso que soy, y simultáneamente bailando en la playa nocturna y al mismo tiempo desde la loma de la plaza viendo a los masones, que habías muerto por mí, que tu último pensamiento fue para mí y no para tu pobre madre. Yo me despertaba agradecido porque para esa época, y ya lo sabías, nada me quedaba del destino militar y de hecho había

abandonado también la carrera de Abogacía para entregarme a la infinita pesadilla de filmar imitando mal a Bergman, Fellini y Buñuel, sin ninguna ayuda ni proyecto comerciales.

A la vez que agradecido me sentía muy culpable ya que si habías seguido la carrera naval era porque te habías inspirado en mi suerte de liceísta adolescente.

Además morir por alguien si bien es la base de cualquier disciplina para la guerra, también alude al cristianismo que nosotros vivimos en la más obsoleta y tiránica forma católica (¿te acordás que en la misa de las seis de la mañana nos turnábamos Ulises Alvarez y yo para leer los Evangelios y las fuertísimas Epístolas de San Pablo ante un público de monjas momificadas, niños pupilos y altos oficiales de la quinta presidencial de Olivos?), digo, ese morir es típicamente cristiano, ya que Cristo vino a morir por todos, por la supuesta salvación de la humanidad, y en el sueño diciendo "morí por vos" es como si del más allá salvaras mi destino y acentuaras que lo militar no había muerto del todo en mí y de hecho es así, porque ahora a los cuarenta años me encuentro escribiendo cuentos de liceístas que luego como oficiales murieron en Malvinas o Facklands.

Lo curioso del sueño, además de sí mismo, es que lo soñaba regularmente en un hermoso departamento de un compañero de cine, Horacio, cuyo hermano mayor, Juan, había sido secuestrado y desaparecido en Bariloche a mediados de 1978 por los militares de Videla. Vos sabías que en el Liceo un hijo de Videla era compañero mío y en los últimos años, ya militar retirado, lo acosé para saber qué sabía, cuál era su versión de la época de su practicante padre católico, dejándome en inoperancia ya porque todo parecía ser un desquicio de coroneles y capitanes, al estilo nazi, que reprimían a mansalva con desconocimiento culposo del jefe del país, quien al enterarse

renunciaría para acabar en el poder el asesino Galtieri, una especie de oso blanco sediento de sangre comunista y de sueños imperiales.

Tu muerte, Raul, me afectó tanto y sin saberlo durante muchos años, como si de alguna manera hubiese muerto con vos y creo que muchos hemos muerto simbólicamente con los desaparecidos y Malvinas, y hoy en día si juzgo el por qué de tu muerte, me inclino a pensar que los sucesores de Videla sentían tal culpa por los crímenes del proceso que se desprestigliaron inconscientemente en Malvinas o Facklands, porque esos generales locos de algún modo se suicidaron en vida y ahora viven en el oprobio de la derrota y la condena pública.

¿Qué hacer, Raul, con los recuerdos que me quedan de vos? Ya no veo a nadie de la escuela y del único que tengo noticias, no era pupilo y hoy es pediatra, Vaccarezza. ¿Con quién hablar de aquellos recuerdos? ¿Con mi terapeuta? No es lo mismo que una amistad sin interpretaciones científicas.

Por ejemplo, no puedo dejar de recordar el día en que me llevaste al lujoso departamento en el que tu madre trabajaba como empleada doméstica y que vaya a saber por qué estaba tan cerca de donde yo viví hasta los veintitrés años. Recuerdo que tuvimos la compulsión de robar diarios, impuestos y cartas de la puerta de los vecinos del edificio y los tirábamos a la calle desde la terraza.

También recuerdo el día en que fuimos al museo de la fuerza aérea y vos te encerraste en la cabina del Hércules y te tuvimos que sacar entre cuatro porque decías que estabas en contacto con Vietnam. De hecho ya te gustaba desarmar radios como la del lechuza 53, del que no me acuerdo el nombre, o era Martínez?

También me acuerdo que hice como que me empujaste y tiré al piso rompiéndose miserablemente la imagen de yeso de la virgen. Vos te habías enojado porque las monjas querían echarte la culpa hasta que les dije que el diablo me había inspirado y esa noche me dejaron sin cenar.

Una vez me defendiste cuando el ruler Ferreyra me pegó, ya no sé por qué. Yo estaba ensangrentado y con un ojo negro y aun con esa ridiculez decías que había sido valiente al enfrentarme al grandulón.

Pero lo que más recuerdo es cuando nos íbamos con los cajones de basura hasta la esquina del tren y aprovechábamos para demorarnos en el kiosco. Esa pequeña salida era un privilegio y nuestro pasaje a un momentáneo descontrol que a veces nos llevaba hasta el muelle del club de pescadores.

También recuerdo que te leía fragmentos de Robinson Crusoe, de la biblioteca Robin Hood. Ese libro tan profundo sobre el océano, el puritanismo y el vivir solo que me hizo tanto bien. En realidad tuvimos una infancia dolorosa y distinta. En esa escuela era como si viviéramos un siglo atrás.

Me pregunto que habrás resuelto de estar en la marina y tener una infancia tan marcada por la religión. Muchas veces a pesar de mi dudoso escepticismo quiero morir para saber qué hay del otro lado, si alguna de las grandes religiones se acerca a la verdad, si realmente hay un destino prefijado como afirman Mahoma y los calvinistas o si disponemos de libertad para elegir entre el bien y el mal como inculca la iglesia o si ambas doctrinas se conjugan de un modo extraño y esotérico.

¿Se puede desafiar al destino, como pretende Hamlet? ¿Es el Apocalipsis esta época? ¿Por qué hay personas que por arrepentimiento de sus males son santas, mientras que otros son virtuosos siempre? ¿Qué es la

santidad? ¿Ayuda a la naturaleza humana o es un simple acartonamiento por terror? ¿Por qué el capitalismo y el socialismo son las nuevas religiones?

Ojalá me ayudes a responder a estas preguntas en lo que tengo de vida, en este nuevo milenio que parece prometer hasta la inmortalidad personal.

Mientras tanto me queda este sabor amargo de haber sobrevivido a varios de mis contemporáneos... Si existe el más allá, nos volveremos a ver...

Carta al médico psiquiatra (Doctor) Daniel Ferrioli, terapeuta de mi segunda internación en el Hospital de Emergencias Psiquiátricas Don Torcuato de Alvear.

(Gracias al reconocido escritor y periodista Alejandro Margulis, esta carta ha sido escrita como documento y como ficción, documento del año 2000 y ficción del año 1830)

Año 2000

Querido Daniel:

Te puedo llamar querido, por la sincera amistad y deferencia con que me trataste desde mi segunda internación aguda (septiembre-octubre del 2000) y en la que tu motivación por ofrecer lo mejor de tu especialidad y tu persona, te hicieron sacar fuerzas de donde no había y ayudarme inclusive convocando a mi mujer, a mi madre, Clara, y a Yoel Novoa, el creador artístico y librero. Básicamente me trataste con el rótulo psiquiátrico de "maníaco-depresivo" o "paciente bipolar", como unión de los dos extremos de mi conducta: la expansividad histérica y la pasividad dolorosa en la misma persona, denominación que tiene su utilidad sobre todo al inicio del tratamiento medicamentoso.

Lo notable del mundo de los diagnósticos es que el primer psiquiatra que me atendió (meses antes de que me recibiera de médico) me tildó con la etiqueta de "psicótico agudo" para ponerme el chaleco de fuerzas del Halopidol, deprimiendo mi vigilia y motilidad y condenándome a la obesidad.

Es un destacado psiquiatra clínico muy amable, especializado en psicofármacos y psicoanalista de A.P.A., al que odié con la intensidad propia de un hijo ante un padre injusto.

Lo abandoné, ya obeso, y me entregué a unos meses de alcoholismo de los que me salvó mi mujer, entre otras cosas, cambiando de departamento y huyendo de los dos ambientes tenebrosos del pozo de luz y aire de un edificio de diez pisos en Almagro.

Allí me rodeaba la pobre luz eléctrica y oía a los vecinos, lo que trastorna la cabeza de cualquiera. Elizabeth fue mi fiel compañera ante la impotencia de vivir en un lugar tan feo y mortuorio en el que nunca tuve un poco de dinero para alegrarlo, sin televisor siquiera, salvo por mi compra compulsiva de libros usados que me traían la dicha de montones de ejemplares apilados y rigurosamente leídos.

Recién ahora me permito aclarar lo que significaron para mí las internaciones con posterior tratamiento privado con vos y de psicoanálisis con la Licenciada Swarinsky y medicado por el Doctor Lahitou, además de trabajar en el taller de poesía y prosa con Martha Goldin y con A. Margulis.

Te agradezco el optimismo realista que me brindaste como paciente internado en ese rejuntadero de caos de diferentes y contrastantes niveles de inteligencia y status social y de edades también.

Uno de los pilares de tu tratamiento fue la disuasión de mi viaje y estadía en Inglaterra que yo consideraba la tierra de mi salvación personal y vos, gracias al renombrado filósofo Gilles Deleuze, me aclarabas que las personalidades se diferencian por sus líneas de conducta de realidad psíquica, tildándome a mí en el modelo de van Gogh, o sea, línea de fuga creativa y destructiva simultáneamente, como guerrero que bate objetivos

suicidándose. También agregaste que los que mejor huyen, trazan mapas vitales y son menos agresivos.

Todo este modelo me lo vas a tener que explicar con Deleuze en la mano, pero en principio lo acepto, volviéndose mejorable mi vida en Buenos Aires.

Por eso te ofrezco como Leit Motiv de esta carta un breve poema de Walt Whitman, de Leaves of Grass.

Beginning my studies

Beginning my studies the first step pleas'd me so much  
The mere fact conciosness, these forms, the power of motion.  
The least insect or animal, the senses, eyesight love  
The first step I say awed and pleas'd me so much.  
I have hardly gone and hardly wish to go any further  
But stop and loiter all the time to sing in ecstatic songs.

1871

Así es mi vida: una continua busca del modelo freudiano y borgeano de enfrentar combativa y racionalmente la poesía sin sonido y la muerte que se dan a lo largo de la vida.

Mi síntoma, tan antiguamente detectado, a principios de los '80 sigue siendo el mismo: no perdonar la muerte de mi padre con la protesta del cigarrillo, buscar padres sustitutos, y dejar que la pulsión de muerte resultante me domine y me mate con tabaco, o ya sea con la fuga a Londres o a Barcelona, ya sea maltratando a mi constante amor maternal, y también a mi mujer

Elizabeth Haase, ambas mujeres que no están a la altura de mi self control freudiano que yo quisiera y que tampoco tengo en mí mismo.

Año 1830

Estimado capitán Efraín:

Lo puedo nombrar respetado por la magna intervención y deferencia que me ofreció en mi segundo castigo carcelario de septiembre y octubre del año de Nuestro Señor 1830 y en la que la fuerza de su persona se impuso convocando al general Iturbe, y a mi esposa Doña Isabel y al Sargento Novoa, causante del malentendido.

Usted cambió la carátula del proceso de maniático furioso por el de defensa desatinada del honor. El Juez Ocampo me condenó a la picota la primera vez como homicida por negligencia y violencia injustificada.

Terminé odiando al Juez Ocampo como un hijo ante un padre injusto.

Me entregué a unos meses de ginebra y ron, durmiendo en matorrales y graneros. El deshonor parecía eterno.

Mi esposa, Doña Isabel, me sacó ebrio de Junín y fuimos al pueblo de Areco. Las ocho mil almas de Junín se habían vuelto mi infierno. Me encerraba días enteros con una vela y la Biblia. Ni siquiera iba a confesión y a misa.

Recién hoy, me permito aclarar lo que fueron para mí los dos encarcelamientos con posterior retiro espiritual al convento de la madre Regina y la escritura de mi Aniceto, el gallo.

Le agradezco Capitán su espíritu de padre con el que me protegió, ayudándome a postergar mi residencia en Inglaterra, en la granja que los Ortiz de Rosas tienen allí.

Le agradezco, Capitán, el beneplácito que me brindó para superar el calvario de mi ex convicto en donde se ve lo peor del ejército y la Patria.

Usted me enseñó que los guerreros no son suicidas sino ramas de la autoridad de la gran familia cristiana. La Agresión del cuartel no se aplica a pueblos y ciudades, salvo en las cárceles.

Toda esta ética del prócer vivo Don José de San Martín me la va a tener que leer de las copias de las cartas que posee del Gran Libertador, ética que hay mejorado mi vida en las Provincias del Río de la Plata.

Por eso le ofrezco como leit motiv esta carta, "El mensaje de Esmirna" del Apocalipsis de San Juan:

"No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que sean poblados y tendrás tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida."

Así es mi vida, una continua busca del modelo de piedad cristiano con la agonía de los mártires y el espíritu sanmartiniano, como se dice ahora. Para enfrentar las crueldades del soldado del Plata. Mi pecado, tan antiguamente detectado en los años de mayo sigue siendo el mismo: no perdonar la sangre inglesa con el recurso de la ginebra, para morir en tabernas y para querer huir a Francia y servir a San Martín, o ya sea, maltratando a mi madre o a mi esposa, Doña Isabel, ambas mujeres que a pesar de su entereza no saben

acompañarme. Como yo tampoco sé dominarme a mí mismo en cuarteles y fortines.

Año 2000

Estoy internado en el Hospital de Emergencias Psiquiátricas Don Torcuato de Alvear, el único en su género en el país, con diagnóstico de maníaco-depresivo por orden judicial al amenazar de muerte a mi hermana Clara Jorgelina y a mi sobrina Clara Inés en enero-febrero del 2000, con recaída maníaco-depresiva y nuevamente por orden judicial en septiembre-octubre 2000, me permiten hacer un antes y un después, y, estrictamente empezar a hacer un resumen de mi vida para ver qué me ha dejado este choque entre colegas de la Psiquiatría (siendo que como médico nunca terminé el post grado), especialidad bastante detestable, con excepciones, aunque en realidad soy un poco injusto, pues ¿quién se ocuparía de los drogadictos, los depresivos y los psicóticos tanto jóvenes como mayores?

¿Qué quiso decir mi acto perverso de amenazar la vida de mi hermana y su hija?

Era el resultado de una poderosa envidia, ya superada, que se fue tejiendo mientras revisaba el presente de amigos del pasado a quienes les iba bien... Y a mi cuñado le iba muy bien (Ingeniero) y me daba algunos Pesos que yo, sin humillarme demasiado, le pedía y me daba de buena gana.

Mi constante analista, la Doctora Norma Dembo, lo decía:

“Estás enfermo de envidia. No te dejes poseer por el cadáver de tu padre. Que los muertos entierren a sus muertos.”

Pero cada empanada que no comía para comprar un clásico usado en inglés, o en francés o en español, me reavivaba el deseo de destruir a los

consagrados, a los que consideraba vidas mediocres argentinas.”Yo soy mejor”.”Yo puedo ser mejor que el librero Yoel Novoa, que Borges, que Shakespeare”. Tal mi delirio de grandeza o megalomanía, que ocultaba una profunda carencia de autoestima, como dirían algunos terapeutas. Además detecto en mí el axioma freudiano de ciertos caracteres humanos comunes, el de los que fracasan al triunfar. Creo padecer de ese diagnóstico freudiano: cada avance y mejoría en mi vida la pago con humo y alquitrán de tabaco, sedentarismo y mirar cómo vive el prójimo envidiado. Así no se puede llegar a ningún lugar. Yo, al menos, llegué al título de médico, que casi heredé de mi padre, ya que fue lo más fácil desde que fracasé al tratar de entrar al cine argentino a mis veintipico de años. Ahora vuelvo al cine con más seguridad y más historia y más self control, y solo con envidia normal, no patológica.

Y he vuelto a la literatura y a la poesía que eran mi pesadilla automática al enfrentarme a los grandes clásicos, a los grandes surrealistas, a los grandes, en fin, que ahogan la erección salvaje del veinteañero.

Año 1830

Estar preso por haber estaqueado injustamente al Sargento Novoa en la cárcel de la quema, donde tuve tanto tiempo para reconciliarme con Nuestro Señor Jesucristo, con reiteración de otro período de cárcel por haber amenazado nuevamente al Sargento Novoa, me permiten hacer un antes y un después y estrictamente un resumen de mi vida para ver qué me ha dejado este desafuero con oficiales y suboficiales de nuestro ejército.

¿Por qué estaqué al Sargento Novoa?

Fue el resultado de una poderosa e insoportable envidia que se iba tejiendo mientras leía expedientes de héroes de fortines contra el indio pampa.

A mi cuñado le había ido muy bien en la gesta de Isla Brava y se lo debía al Sargento Novoa, que le regaló la fama... El soberbio Novoa. La madre Regina siempre me lo decía:”deje al Sargento Novoa en paz. Ya bastante tiene con su indisciplina. Con el coraje no alcanza. Abandone su envidia. Vidas como las de Novoa se pierden en un santiamén y nadie los recuerda. Que los muertos entierren a sus muertos.”

Pero cada loco que no comía para comprar un facón nuevo me reavivaba el deseo de desafiar al compadrito del fortín.”Yo soy mejor que Novoa. Soy mejor que el corajudo Coronel Pringles”. Tal mi delirio de grandeza que ocultaba una profunda falta de fe en mí mismo y en mis subordinados. Porque cada vez que triunfaba en batallas y escaramuzas contra el malón, el Sargento Novoa se iba con los laureles. Y ahí está la ginebra y el rapé en la maldita cantina del fortín.

Yo al menos llegué al título de Teniente, que casi heredé de mi padre, y eso que entré al ejército después de la batalla de Ayacucho en la gloria del Alto Perú. Todo lo hice para volver a los versos de mi juventud con más fuerza y donaire.

Gracias Capitán.

¡Que Dios nos ayude!

Segunda carta a Daniel Ferioli, médico psicoterapeuta.

Un escrito mío como epígrafe:

¡Oh, Borges! ¡Nuestro pobre individualismo argentino!

¡Oh, Borges: clase alta genial argentina!

¡Oh, Borges: longevidad triunfal!

¡Oh, Borges: el erudito cómico!

¡Oh, Borges: el irónico de "Historia de la eternidad"!

Borges pudo ser Borges porque tuvo lo mejor, en el mejor momento y cada vez más.

¿Qué se puede escribir en el país de Borges que no sea redundancia mediocre?

Querido Daniel:

Ahora mi vida está muy lejana de 1999.

¡Qué lejos me siento de tanto Nietzsche y tanto Marx como nucleadores de juventud acomodada y rebelde!

Creo que leer historia, clásicos de la historia, reemplazan mi falta de compromiso con mi época, que está más loca que yo y hoy me siento conservador, conservador y marginal y lejos de las religiones de la derecha y de los socialismos de la izquierda.

¡He conocido cada psiquiatra en estos diez años!

Recuerdo que como estudiante de medicina odiaba la palabra Psiquiatría. La experiencia ratifica ese odio.

El Psicoanálisis de clase alta me permitió fantasear y concretar ser médico. En realidad lo único que me dio es fuerza para tener una pareja estable y que los principios científicos y éticos de la medicina me sirvieran para escribir mejor, mejor que a mis veinte años y a filmar mejor.

Haber pasado del Psicoanálisis de clase alta a la Psiquiatría más cara como paciente me aplastó de violencia varios años hasta que me tuvieron que internar.

La Doctora Dembo me tuvo que derivar al Doctor Herbst, psiquiatra y psicoanalista, quienes me recomendaban que volviera a escribir, siendo mi deseo, pero sin hacer la menor facilitación para que fuera un hecho.

Debía escribir sobre la locura solitaria, no comprendida ni por mi psiquiatra ni por mi esposa.

El resultado fue el librito Schauspiel, relatos de una carilla que Alejandro Margulis defendió hasta su publicación en 2001, estando terminado en el verano del 98, un año antes de que me internaran. Esa crisis permanente de tratarme con los especialistas más caros, me hundía más y más en el horrible departamento negro de Almagro; y maltraté a muchas personas que nada tenían que ver con el costo de las terapias y mi hambre de escribir. Recuerdo que a un librero de antigüedades le hurté una de las primeras traducciones de Poe de 1857. Me horrorizo pensando que lo perdí en un remis. ¡Ese 1999! Cómo huía al Bar Notorious, el jardín de música en Callao y Paraguay.

¡Ese 1999! Cómo trataba de mejorar mi inglés, hasta queriendo hacer teatro con un argentino británico en el palacio de la Cultural Inglesa.

¡Ese 1999! Infinitas llamadas telefónicas para llorar amistad, para rogar que entendieran mis amigos de los '70 y los '80, que todavía prometía y que podían sentir orgullo de tratarme nuevamente.

¡Ese 1999! Cómo maltraté a Guillermo Kuitca por extraviarme el primer corto que hice y con el agravante de tratar sobre él.

¡Ese 1999! Volver a visitar las caras militares de mi adolescencia. De todos los liceístas solo rescaté a un neumólogo y a un odontólogo, hombres de ciencia médica que me devolvieron su grata amistad. El neumólogo sufrió muchísimo entre el '74 y el '78 por ser judío en un nido nazi.

Todo eso estaba en mi cabeza cuando amenacé de muerte telefónicamente a mi hermana, en el contestador, para que atendiera mis

demandas de dinero, yo, que cada día me alejaba más de la práctica médica, aunque mi pareja es una excelente pediatra.

Vos, Daniel, Doctor Daniel Ferioli, desde tu magnanimidad pro-francesa, me decías en la internación del 2000, que, según Gilles Deleuze, yo podría ser clasificable con el doble epíteto de anarquista esquizoide y reaccionario fascista.

¡Ese 1999! Cómo lloraba en la catedral anglicana. ¡Qué obsesión por la elegancia y el dominio angloparlante! Recordarás que más de la mitad de mi lectura en el hospital Alvear era Shakespeare y Melville y el Textbook of Internal Medicine de Cecil.

¡Ese 1999! Estaba preso en un hospital... Tenía que portarme bien. No tenía que estar loco para poder callejear a mi antojo.

¿Así será el sistema penal del futuro? ¿Educación, psicoanalistas, psiquiatras, psicólogos, dietistas, supervisores de educación creativa? ¿Habrá religiones como hay ahora? ¿O la tecnología será la nueva adoración?

¡Ese 1999! De todos los destinos de mis amigos el que más se parecía al mío por las privaciones era el rionegrino Horacio Herman, que se apartó del cine para escribir poesías y trabajar en el poder judicial de la bella Bariloche.

¡Ese 1999! No llegar a ser psicoanalista caro y claudicar...

Vos, Daniel, Doctor Ferioli, hablás tan mal de Freud: “reconozco su genio, pero era un manipulador mala persona”, que no sé qué hacer. Aún estamos a la sombra de los hombres victorianos.

Hay que saber historia. Saber historia da una resignación fundamentada. Yo no puedo hablar mal de Freud. Es el más alto espíritu judío, y era médico y escribía genialmente, eruditamente y curaba, y fundó una cura.

Vos, Daniel, Doctor Ferioli, hablás mal de Estados Unidos. Yo los admiro casi incondicionalmente y, sin embargo, nevertheless, fuiste mi mejor psiquiatra y un gran amigo.

¿Seré un energúmeno metempsicótico?

No creo en el libre albedrío, pero debo creer como hizo el determinista André Gide. Sin libre albedrío no podemos progresar.

¿Por qué pedirle perdón al pasado por no ser mejor de lo que se esperaba? Soy así. Crecer lleva cada vez más tiempo. Ahora a mis cuarenta y cinco años estoy aprendiendo muchísimo y entiendo mucho más.

Estoy muy lejos de mis contemporáneos porque mi esposa es mi presente. A ella me debo, más que a al gran artista.

Todo es tan siniestro, ominoso y tragicómico que más que llorar amistad debo hacer feliz a mi esposa. Y si, de paso a alguien le gusta lo que escribo y filmo, mejor.

Yo soy un paciente médico bipolar, un paciente bipolar, pero no un inútil. Algo debo hacer con mi libre albedrío, ¿no, Daniel?

¡Oh, años anteriores a 1999! Cuánto tiempo perdido entre psiquiatras y estudiantes de psiquiatría. ¡Cuánta mediocridad escondida detrás de una corbata!

¡Oh, herencia freudiana, retomada por Woody Allen, más que por la jerga lacaniana!

¡Oh, Freud! ¡Cómo me identifico con tu tabaco!

Tendré, Daniel, que estudiar tu Gilles Deleuze, para que los franceses relativicen el amor desmedido, a lo anglosajón.

Gracias, Daniel.

Post Data: retomo en otra carta,

Un abrazo

Fernando

—Qué feo es este cuarto, Rodia, parece una tumba —exclamó de pronto Puljería Aleksándrovna, interrumpiendo el penoso silencio—. Estoy segura de que la mitad de tu melancolía se debe a este cuarto.  
Crimen y Castigo, parte tercera, capítulo III.

#### Carta al tabaco

Veinticinco años de tabaco en mi boca.

54 km de cigarrillo atravesando mis pulmones y arterias.

Mi primer cigarrillo fue a los doce años. Compré un atado de Jockey Club cortos, los que fumaba y sigue fumando mi madre y caminé cuesta arriba en pleno invierno soleado del barrio residencial de Vicente López, en 1972. Me mareó y se me aflojaron las piernas y los labios. Tosí un poco sintiendo el humo tibio en mi garganta que parecía una seda picante de gusto medicinal, como a yodo y eucalipto en la sala de operaciones, extraños olor y vapor a hoja quemada, que al mismo tiempo se impregnaba a la lengua y relajaba la mucosa nasal. Catador de aquel cigarrillo primero, mi destino estaba sellado. En los '70 eran más los adultos que fumaban que los que no lo hacían, y yo creía que eso estaba bien y era algo valiente de imitar y había que empezar de inmediato.

Luego, en el Liceo Militar, entre mis catorce y quince años, la camaradería tabacal se refugiaba en los baños, y los fines de semana, en las fiestas en que los Disc Jockeys eran Rafael Sarmiento, Alejandro Pont Lérica y Alejandro Lerner.

La primera mala noticia sobre el tabaco que llegó a mis oídos fue la de la muerte de Yul Brinner, uno de mis actores favoritos, por cáncer de pulmón.

Bajo ese influjo militar, que fue tan nazi en Argentina, fumar alejaba del ideal de Hitler, quien no fumaba, pero había otro monstruo político que sí fumaba y mucho: Winston Churchill, que en este país también ha sido un ideal, tal vez porque es el espejo anglosajón de Sarmiento.

Pero ese tabacazo rebelde de adolescente también era una demostración de poder y clase social: fumar era el bastón de mando en las conversaciones y el narcisismo compartido de hacerse humo (como diría mi psiconalista) de la realidad latinoamericana y así vivir en un castillo de aire y humo de clase media o alta bien nazi, o al menos norteamericana o anglofrancesa. Cómo relucían entre el humo de las fiestas o de los baños los nobles apellidos y otros apellidos de jerarquía militar y señorial!

Cigarrillo y cigarrillo: rito y yo.

Si el mito mayor de la cultura es la sublimación del parricidio, maté más de 500.000 veces a mi padre, fumando y fumando en ese mando inconsciente el que por matar al padre uno se transforma en padre. El cigarrillo no lo logra. Te convierte en un padre canceroso, obeso y arterioesclerótico. Uno mata, muriendo pacíficamente en apariencia, pero generando una lucha feroz en los pulmones, entre las partículas de alquitrán perforante y el noble tejido de neumocitos y fibrositos. El pasado se pierde en el humo de la mínima hoguera de la brasa del cigarrillo, pero uno se hunde con él, despiadadamente.

De vivir 300 años llegaría a fumar 6.000.000 de cigarrillos, y así habría matado a mi envidiado judío ideal. 6.000.000 de judíos mató el nazismo en la segunda guerra mundial. Ojalá hubieras fumado, negro Hitler! Nos habrías ahorrado la matanza de una destacada, difícil y noble raza. Qué pensarán los dueños de la tabacalera Phillip Morris o Fiel Muerte, tanto de Hitler como del Ku Klux Klan?

Tabaco, querido y malignísimo amigo:”maldición babilónica” te definió hace 200 años Charles Lamb, el excelso poeta y prosista inglés, amigo de Samuel Taylor Coleridge, que también conoció la internación psiquiátrica.

“Babilonish curse”... Mastico la frase.

Aunque seas americano, tabaco y pipa de la paz, ya se te intuía en Asia y Medio Oriente con el fumador de opio. Y es así como se te ve en los cafés con los distintos grupos de fumadores, o con los patéticos fumadores aislados y solos frente a una taza vacía o whisky. Es una Babilonia de ansiedades y ambiciones que se evaporan en el humo de la frustración y la espera, aunque haya sonrisas, sonrisas irresponsables.

¿Por qué los judíos pudieron sobrevivir a Babilonia y los babilonios se hundieron en las nubes de la historia? Por qué un grupo de protestantes estudiosos se preguntan por qué los judíos siempre están primero? Primeros por ser la tradición ritual paternalista más antigua y respetable del planeta y que sigue joven y bien nutrida?

Parece que el más antiguo ritual de los hombres, asar la carne, tiene plena vigencia: fumar es quemar carne.

Oh, dioses, no estáis satisfechos?

40.000.000 de humanos mueren en el vicio del horno del tabaco por cáncer de pulmón, anualmente, incluyendo judíos.

Tendríamos que volver a la esclavitud de Egipto para reverenciar a los dioses del Nilo y las estrellas levantando millones de toneladas de piedra piramidal?

Oh, pira fúnebre! Quemamos al muerto, pero el muerto nos esclaviza.

En realidad todos estamos muy cerca de Egipto. El tabaco nos recuerda que todavía no somos prisioneros. Quién te reemplazara, vejatorio tabaco? Gente como Schwarzenegger que de vez en cuando se fuma un puro y hace sabias películas de ciencia ficción, en advertencia a las débiles libertades actuales?

Anna Freud contaba que su padre, el eximio Sigmund Freud, fumaba hasta veinte habanos por día. Parece que descubrir el ansia parricida en la neurosis y en todos los hombres y mujeres, y descubrir su tratamiento lo obligó a la desesperación de consumirse en tabaco. Peleó duro y vivió ochenta y tres años y casi cincuenta de vanguardismo científico y literario descollantes. Dejó herederos que no fuman, así como Churchill ganó una guerra para que, dentro de otras mejoras humanas, cincuenta años después, se fumara mucho menos en su isla y en su continente. Pero 40.000.000 mueren anualmente en el mundo. Victoria a lo Pirro. Oh, dioses, no estáis satisfechos?

“Babilonish curse”, maldición babilónica.

Ser bien hablado (well spoken) y ser original al mismo tiempo con la palabra es una de las sabias órdenes de la tradición, casi en cualquier cultura, pero tú, oral tabaco, nos demuestras en la boca y en la cara, que a lo sumo repetimos la confusión suicida de Babilonia: queremos afirmarnos para siempre en la vida y desafiar a los cielos ya desde la palabra, y nosotros, los fumadores, reconocemos el desconcierto de que no nos entiendan y obedezcan como creemos entendernos y obedecernos a nosotros mismos y hacemos de la palabra espeso humo sutil y nos resignamos a un orgullo insensato.

“Babilonish curse”, maldición babilónica.

Al mismo tiempo te pedimos perdón, oh padre muerto, o moribundo, o aparentemente superado y cada cigarrillo es un perdón. Yo me disculpé 540.000 veces y todavía respiro. El infierno, es verdad, puede ser así de eterno.

“Babilonish curse”, maldición babilónica.

Demostrando mi falo masculino me he tragado un falo de 54 km. Avanzar bien puede ser un retroceso.

Satisfacción intuitiva de la neurosis te denominaría, babilónico tabaco, el Dr. Freud. En realidad, satisfacción sustitutiva del parricidio y, por ende, del sadomasoquismo, digo yo. Y, en verdad, es difícilísimo dejarte para ser realmente feliz y no por eso más tontos de lo que ya somos con tantas resistencias culturales y necesarias de la neurosis.

Malignísimo tabaco: tú entrenas el orgullo desalmado y desesperadamente físico y materialista porque todavía la conjunción de la ciencia, el arte y el psicoanálisis no ha llegado a tu trinchera, a tu bunker de gas suicida que se cristaliza en los intersticios de la religión como opio necesario de los pueblos, como tabaco necesario de los pueblos.

Yo creo que cuando todos los dioses estén a veinte grados centígrados de aire acondicionado, morirás, y solo serás un condimento ocasional de la dieta edénica que nos aguarda en el 2500 después de Cristo.

Tabaco: has sido en estos últimos quinientos años y coincidente con el descubrimiento de América y el protestantismo, y todavía eres una de las piedras más frecuentes del cementerio.

Seguiré protestando americanamente contigo? Con la protesta del Norte o del Sur? Cómo extinguirte en mi involuntaria autodestrucción?

Una razón por la que se sigue fumando en Argentina es que ya lo hacían Juan Domingo Perón, Fidel Castro Rus y Ernesto Che Guevara Lynch, todos protestarios parricidas congelados en la ilusión del reformador social.

Guevara... médico que abjuró del mandato hipocrático de defender toda vida humana para fusilar cubanos, congoleños y bolivianos. Cómo fumabas y refumabas tu parricidio patricio argentino, patriciado argentino que no en vano Borges comparó a la irresponsable clase rusa que tan bien describiera Dostoievski.

Oh, Guevara, dios demonizado argentino! Si le hubieras dado más crédito a Freud que a Jack London y Karl Marx, habrías prevenido nuestra actual decadencia tan tabacal y habrías relativizado el pésimo influjo fascista que se generó con el derrocamiento a Yrigoyen y se cristalizó en el demagogo Perón, otro fumador parricida del patriciado argentino y también europeo.

Tal vez yo también tenga ansias presidencialistas parricidas!

Y de Cortázar, el mayor fumador argentino, qué decir?

Marcó tres generaciones de escritores en la izquierda sociológicamente comprometida y, de algún modo, fue el Raskolnikov del crimen y castigo de sí mismo. Resultado: romántico sociológico con veleidades de Lord Byron y de Che Guevara en la novela, el cuento y el ensayo, también atrapado en el síndrome ultra neurótico de Edgar Allan Poe. Pero su arte porteño, terrible y genial es mejor que el mundo pesadillesco de Roberto Arlt y llegó a fumar matando sus setenta años longevos. Fumador comprometido con el exilio

parricida del padre de la patria, por irse también a vivir a Francia, sus libros vivirán mucho tiempo. Y queda a la par de Borges, su patricio asesinable y perdonable, que todavía nos salva la identidad cultural.

Borges no fumó y estuvo a la vanguardia ética en este aspecto, aunque no críticamente intelectual.

Pero el ascetismo amigable de Borges tampoco es una salida al tabaco.

Entonces quién me salvará si no salgo de la mediocridad neurótica que me aplasta y me deforma?

Ni el Che, ni Cortázar, ni Borges, solo un rompecabezas de buenos psicoanalistas jugados al arte público, que no caigan en el tabaco, ni en el reformismo social mentiroso, ni el ascetismo gentelmaníaco de Borges.

Un índice de lo parricida, filicida, sadomasoquista y mediocre que fue Argentina en el siglo XX, es que ni Perón, ni Borges (el mejor de todos), ni Cortázar tuvieron hijos. El Che los tuvo, pero no llegó a ser padre.

Apareció inesperadamente una estrella llamada Sábato, que seguro nos dará una sorpresa en su poderosa vejez de hombre sincero y sabiamente comprensivo, aunque excesivamente socialista ingenuo por exceso de ética. Me imagino que su enigma debe ser: ¿Por qué el poder político, militar, económico y cultural de Estados Unidos?

Ya más cercano a mi vida, maestro y amigo, en quien veo obras más logradas y definitivas en el futuro de su original grandeza como poeta y ensayista está Santiago Kovadloff. No fuma.

Y más a cercano aún a mi vida está la triple estrella de Kuitca, Lebenglik y Margulis, que son de mi generación y a quienes me une el destino personal.

Oh, judíos, que habéis sobrevivido a la decadencia de Buenos Aires y Argentina, y que profundo conocimiento tenéis, sobre todo gracias a el psicoanálisis freudiano. O sea, se lo debéis a un genial parricida fumador judío.

50.000 metros he caminado en el pantano del tabaco, marcando una tumba de 7,3 km cuadrados, mi terreno de 70 hectáreas que yo quisiera cerca de Bariloche en los lagos sureños de la Cordillera de los Andes. ¿ Lo conseguiré?

Tabaco babilónico siniestro, ominoso, unheimlich, como diría Freud, eres un suicidio menor en esta larga vida de soportarnos entre los hombres y las mujeres con tanta diferencia primitiva y violenta.

Militar nazi católico argentino: te permitiste muchas veces el orgullo suicida del tabaco, pero no escapaste a tu destino miserable de ladrillo y cal desesperados, a lo García Márquez en "La Metamorfosis" de Kafka y su encomiable "El Proceso".

Borges no pudo con tu agonía siniestra, unheimlich y nos dejó el problema para el siglo XXI.

En definitiva, la pregunta es: ¿Cuándo muera el vicio del tabaco, morirá el coraje terrorífico de los militares en todo el planeta?. El deporte, al ciencia y

el arte sublimarán definitivamente el amor a la guerra y ya sin fumadores?.

Creo que sí.

Aquí dejo la posta, querido lector o lectora. Ya debo entrar al silencio y a mis mejores años.

En definitiva, la pregunta es: ¿Podré defender mis mejores años y ser un padre generoso y útil del siglo XXI y volver a hablar del tabaco con menos pasión?

## FAREWELL TOBACO

Post data 1) Fumé en mi vida 3,7 km cúbicos de tabaco. Mi cuerpo entra 7.400 veces en esa cifra.

Post data 2) Parricidios de París: podrá el gran psicoanalista Didier Anzieu con esta grave síntesis de Occidente, en el país del tartamudo y siniestro Lacan?

“Los bebés vienen de París”, ¿no era lo que estaba diciendo?.

Post data 3) En Argentina tres marcas de cigarrillos empiezan con Par: Parisiennes, Particulares y Parliament.

Otra marca es Imparciales.

Post data 4) Oh tabaco, dame un poco más de tu suicidio Salvador, oh Cristo de humo.

Fernando De Gregorio

Carta al alter ego artístico

“For refuge’s forlonly rushing into peril, her only friend her bitterest foe” Moby Dick, XXIII

Querido Horacio:

Exacto el decir de Octavio Paz sobre los poetas, los grandes poetas:”necesidad de decirlo todo y conciencia de que nada se dice. Amor por la palabra, desesperación ante la palabra, odio a la palabra: extremos del poeta, gusto del lujo y gusto por lo esencial, pasiones contradictorias pero que no se excluyen y a las que todo poeta debe sus mejores poemas. Lujo y, ya se sabe, “orden y belleza”, es decir, economía en la expresión.

Tuve que ir a Bariloche a leer esta frase en el rico libro de Alvaro Mutis, que gracias a tu ayuda, fue uno de los hallazgos que hice este año, junto a la lectura de C. G Jung.

“Sabes por qué un rostro, un gesto vistos desde el tren que se detiene al final del viaje, antes de perderte en la ciudad que resbala entre la niebla y la lluvia vuelven un día a visitarme, a decirte con unos labios sin voz, la palabra que tal vez va a salvarte”... Fragmento de Mapa de Alvaro Mutis.

Veo el tiempo transcurrido entre el Instituto Nacional de Cinematografía, donde fuimos alumnos, y que fue la excusa para conversar de los clásicos en tu precioso departamento de Coronel Díaz y Santa Fe, durante más de un año, en el que me alojaste con una benignidad que ya casi desconocía en el género humano, y el hoy distinto, tuyo, en Bariloche, con una familia tan bellamente especial y vos convertido en verdadero poeta, aún desconocido, pero querido por tus coterráneos, digo, es un cambio asombroso. Ya van veinte años y si bien no somos ricos, tampoco somos pobres.

Lo más curioso es que dejamos de vernos por casi quince años, desde esos últimos e insoportables años del Instituto, que te permitieron hacer una película sobre el primer y gran trauma de tu vida: la desaparición de tu hermano mayor Juan por los militares –estabas tan determinado a hacerlo ya desde tu increíble apellido “Herman”, lo que yo aún no he visto que explotaras en tus excelentes poemas, críticos como los de un simbolista metonímico y agradables en estructura y ritmo como los de Ungaretti.

Luego del Instituto me has contado que de algún modo te falló el sentido común, ya que fuiste a Europa Central y Alemania a probar suerte, sin saber el idioma, lo que te debe haber resultado kafkiano.

Y luego volviste a Argentina y aceptaste la realidad ingrata de trabajar en el Poder Judicial de Río Negro, mientras enseñabas cine en Bariloche, lo que debe haber sido muy buena experiencia, ya que salvo el lujo digital que hoy domina, sabés lo más trascendente de hacer cine desde su historia hasta técnica de montaje y fotografía, faltándote, tal vez, lo que nos falta en general: ser buenos novelista cinematográficos, ya que este país mata por su paisaje y aniquila por su falta de narración.

Al mismo tiempo, Bariloche te dio un amigo especialmente importante por su ímpetu cultural, Esteban Buch, que alguna vez espero conocer y que ya es miembro activo del Centre de Hautes Etudes de París y del que, según me dijiste, su ensayo extensísimo de la Novena de Beethoven se ha publicado a varios idiomas, además del francés, currículo para un argentino, más aún para un barilochense.

También de Bariloche recuerdo a tu gran amigo Beto, el ingeniero, que estaba en Buenos Aires en nuestra época.

Al mismo tiempo tuviste la sabiduría de psicoanalizarte desde antes que nacieran tus hijos, lo que, de algún modo, te debe haber ayudado a afrontar los

últimos y dolorosos años de tu padre, médico de los de antes que no se consideraban tanto como profesionales especialistas y si más bien como sacerdotes de la salud y el sentido común, aunque lamentablemente, hombre de su época, no pudo escapar al cigarrillo, que vos por tu voluntad y la de Andrea has superado maravillosamente.

Alguna vez, alguien, tendrá que contar la historia del tabaco industrializado, como mal menor, como suicidio menor, soportando la larga vida de disgustarnos ante tanta diferencia primitiva y violenta entre humanos. Así fue su primer uso como pipa de la paz.

Que el cine te haya permitido casar con Andrea, habla a las claras de tu sentido de la realidad y buena suerte, y así saliste de las incertidumbres del cine porteño paranoico, franelero, castrador y suicida.

Jamás hubiera pensado que le darías tan duro a la poesía, para convertirte en poeta, pero es un hecho. E hilando fino ahora veo que la metáfora de Neruda sobre la mujer como “rosa de fuego humedecida” era más que una predilección de tus gustos literarios.

Trato de recordar con nitidez el origen de nuestra amistad, que supongo se habrá afianzado, cuando te pude ayudar con la iluminación del story board audiovisual para Barney y yo ya conocía al excelente Oscar Gamardo que tanto me supo enseñar, por lo cual el resultado no podía ser malo, y vos a tu vez, también me ayudabas con mi tétrico Hansel sin Grettel en la terraza de canal 7.

En aquellos meses me sorprendió tu original franqueza llena de humor incisivo y que fácilmente llegaba a la mentalidad culpógena de mis veintipico de años. Y pienso que el haber alimentado ese humor ácido te salvó de la mala experiencia de una carrera poco humanista y muy superficial en lo que representa de realidad universitaria como es Agronomía, y así, a pesar de tanto

caos por el origen tan distinto de cada compañero de cine, salvaste lo primordial de la identidad personal, la creación, que recién manifestada no iba a dar frutos enseguida y ni siquiera en cine, sino en la madurez con la poesía. Es que “misteriosos son los caminos del Señor”.

También sentía que esa originalidad era algo que yo no conocía salvo vagamente relacionado con el humorismo tan sano de la gente del interior, mala denominación, ya que es como una condena de inferioridad. En realidad habría que nombrarlo el humorismo de la gente que no perdió las raíces de su tierra, de la gente de la tierra. Pero eso tampoco bastaba, porque casi nadie en las provincias lee a Stendhal o a Dostoievski y vos traías esa enorme experiencia que viene directamente de tu padre, hijo de un Buenos Aires ilustre que hace muchas décadas dejó de ser así. Por lo tanto, por lado de padre, hijo del pueblo de “la palabra” y “El Libro”, encontraste más placer en la poesía que en la religiosa e idólatra imagen del cine, y no creo que lo debas considerar un fracaso. Si hubieras nacido en Estados Unidos, vaya y pase, pero aquí donde el cine es el bochorno de la impotencia cultural y la carrera del que hace más publicidades con “gancho”, o videoclips, o “películas socialistas” con la recalcitrante ignorancia que implica el no saber que repetimos que “el hombre es el lobo del hombre”, aún con buenas intenciones y sobre todo sin eso que tan bien te caracteriza, el humor despierto.

Si hago cuentas, a mí me pasa algo parecido con todo esto, porque si bien para la época en que nos conocimos, creo que me faltaba poco para llegar a alguna buena originalidad cinematográfica, el microclima del cine porteño me lo impidió con su hermandad tabacalmente socialista anarquista, y yo tuve miedo de ir a California como me sugirió un gran psicoanalista porteño neoyorkino, y me salvó el diván con la medicina llegando a la madurez aún sacando buenas fotos, y tratando de filmar sin presupuesto ni muchas

ilusiones, pero sí encontrándome, suerte parecida a la tuya, afirmado a la palabra como reconocen varios escritores, poetas y psicoanalistas.

Pero a mí me persigue el problema de la salud —mens sana in corpore sano—. Si no me cuido mejor no llego a los sesenta y ya en pocos meses soy candidato al clon de pulmón, que todavía no llega. En diez o quince años, si está en mi destino diré todo lo que tengo que decir. El resto será retórica y distracción de la muerte. Me pregunto: hasta cuando tendré que pagar con el pucho, con el hacerme humo, esta larga vida de sobrevivencia a la muerte de mi padre? Esa carencia determina mi desaforada ambición y mi cruel escepticismo en lo social, siendo esta característica de escepticismo la que también he visto hasta en hijos de desaparecidos.

Perdoname la digresión, pero aparte del problema está en el diagnóstico que da el erudito y polémico intelectual Mariano Grondona: así como tuvimos a Sarmiento en la revolución de la escuela primaria hemos carecido ayer, hoy y más vale que no en el próximo mañana de la revolución en la escuela secundaria, lo que yo veo como la causa más gauchescamente determinante de nuestro chirle hacer social, sin salvarse ni siquiera los egresados del benemérito “Nacional Buenos Aires”, nombre pedantemente excluyente de mil secundarios más que hay en esta ciudad.

Por ahí anda la razón de que admire tanto a Ricardo Apstein, cuyos padres, casi exterminados por el nazismo en los campos de concentración, lo cobijaron en cuna de oro, y conociendo Londres de adentro en la tierna juventud jamás tuvo pretensiones de reformador y sí de hombre eficaz en el mundano tembladeral de tener una empresa, poco mayor que una PYME. Y triunfó, y en Argentina sin ser ladrón ni usurero, reconociendo todas las tentaciones que debe haber tenido en lo ilícito.

Para mí fue muy aleccionador que Ricardo nos convocase amistosamente, a vos sobre todo, contando también a Mauro Bedendo y a Marcelo Lezama y tardíamente a Luigi Scalercio. Amistades como la de Ricardo hay que preservarlas aunque él no haya tenido la suerte de sufrir el verdadero hambre artístico, y eso que siempre tuvo como adalid a Kubrick. Pero” misteriosos son los caminos del Señor”.

Algo muy determinante del origen de nuestra amistad, si soy veraz es que el vivir prácticamente en Coronel Díaz, me permitió conocer a tu inteligentísima hermana Deborah, que tanta paciencia tuvo para explicarme el valor de Le Corbusier, Kenzo Tange, Neumeyer, Solsona y Frank Lloyd Wright, y de la que estaba apabullada y reprimidamente enamorado, porque pocas veces en mi vida me acerqué a tanta fuerza y lindeza juntas en el garbo de la mujer, salvo mi madre y, tal vez, mi Elizabeth, y diría que tu Andrea también es de ese raro tipo de mujer, que sin duda será el futuro femenino. Y sospecho que tu madre debe haber sido la compañera perfecta y fuerte de tu padre como médico rural, lleno de idealismo filantrópico y creyente del saber mundano judío como liberador, hasta en lo social.

Así analiza de cerebro y corazón nuestra historia, sabiendo que conservas muy preciadamente tu amistad con Juan Carlos Vera, quien a mi juicio, padece del mismo masoquismo cinematográfico de todos los que nos hemos quedado en Argentina, aunque él y Ana Poliak y Daniel Tamborini, y también María de los Angeles Mira, resultaron los más útiles y los más diplomáticos, por no citar la estrella que le toca a Víctor A. González, y que estoy seguro, superará la que le toca a Fabián Bielinsky, hombre complicado del “Nacional Buenos Aires” y del “Instituto Nacional de Cinematografía”, como Gustavo Mosquera, cuya falta de amistad no me extraña, porque ambos son todavía prefreudianos y preborgeanos y no los envidio un pepino, ya

que ni llegan a los talones de mi locura solitaria, experimentada y a prueba de mediocres (perdón la falta de humildad).

Yo de lo único que me jacto es de haber conocido bien la historia oficial argentina hasta 1984, de haber conocido a Borges a mis quince años, marcándome para siempre, de haber entrado al psicoanálisis a los diecisiete años con los mejores del país, de haber sido amigo del Picasso Kandinsky Bacon argentino Guillermo David Kuitca, además de tener amigos acordes a lo que sé, como vos, y que tienen que ser distantes, porque todavía soy enemigo de lo cotidiano.

Del mismo modo, me gustaría saber de que te sentís orgulloso, además de tu familia, tus libros y de tu primer folio de poesías como autor.

Ambos seguimos muy unidos a lo artístico, o como a mí me gusta, al craft visceral. Y admiro tu constancia como constructor de bibliotecas que hablan por sí mismas, bien cargadas de erudición en español, lo que yo trato de mejorar alcanzándote clásicos en su lengua original. Y es mágico escuchar el hablar delicado y variado de tus hijos a los que les pesa ver tanto libro famoso. Ya les diste un destino ineludible: la compañía de libros.

Y de entre tantos libros, música y cine salen tus poemas. Me pesan gratamente dos versos que colocaste en el poema “En el cuarto de la analista” y que cito mal: “mil palabras y Stop. Aullido (rojo) y silencio”.

Me gustan porque tienen el ritmo condensado de una sesión intensa y bien sufrida, a espera de una palabra amiga que ponga un poco de luz en el caos narcisista, o como prefiere Erasmo, filáutico. Es verdad, en el cuarto de análisis, templo de privacidad para los más avisados, las palabras que se lleva el silencio atento y que vuelven desde el cerebro, el corazón y el bolsillo del terapeuta, buscan desesperadamente el saber que nos aleje de la tragedia, de la autodestrucción tan presente en el alma humana.

Yo todavía no he encontrado la palabra pública para hablar de la experiencia terapéutica. Tu poema me ayuda mucho.

También me parece muy creativo y más original aun, que hayas tomado de la tragedia griega los nombres de tus poemas más sentidos y originales, a mi criterio, y tal vez los mejor logrados, y eso que son extremos.

Te pido perdón por robar tu tiempo con tan larga carta. Es que en la amistad soy un kamikaze que busca respuestas a la muerte de mi padre en la vida de mis amigos, perdiendo a la mayoría y salvando a los más originales, o a los más autoconservados como algunos analistas su entorno. Por eso busco respuestas en este libro de cartas “El huérfano y la noche –laboratorio del destino”, dando mensajes a los mejores amigos que he tenido aunque estén muertos. Es una botella con cartas al mar cósmico. Y ahí está vos como playa luminosa. Espero que no te resulte demasiada responsabilidad.

Te considero, como gran amigo, uno de los espejos críticos más útiles que haya tenido, porque siendo hijo de un buen médico judío del que heredás la honradez y el reconocimiento de la inteligencia, y nada de la caricatura vulgar y desagradable que le toca a esa raza, lamentablemente hasta el día de hoy, pero cada vez menos, sos un pensador muy preparado del arte por lo que creo que necesitas etapas de ensayística, en lo que te auguro buen futuro porque sos muy meticoloso y sabio.

A mí, a pesar de cierta ambivalencia amor-odio me sería útil un poco de sangre judía, porque de algún modo extraño me siento medio o cuarto judío, ya que por mi padre cirujano de los buenos en la respetable década del cuarenta, siempre he encontrado en los hijos de médicos judíos más amor e inteligencia por la vida que en la mayoría de los amigos que he tenido. Al mismo tiempo, buscando padres fuertes, fuertes como el militar nazi católico argentino en la adolescencia, he visto que los padres de autoridad más

incuestionable y, eso sí, sin violencia filicida insoportable, son en muchos casos judíos, porque son la continuación de las afirmaciones dramáticas y cohesiva de la Biblia, como épica urbana y mayormente pacífica e intelectual, además de artesanal, que parece empezar en las pirámides para cristalizarse en el exilio europeo.

Pero el gran problema de los judíos del siglo XX, y es razonable, es que encontraron en el culturalmente y revolucionariamente parricida de la nueva y brutal burguesía del siglo XIX, Karl Marx, una luz que le permitiera luchar contra las oscuras injusticias de nuestra época y que la historia ha demostrado como doctrina peligrosa y excesiva que aleja de las insuficientes y débiles libertades que el siglo XVIII nos ha dejado.

Un abrazo, Fernando.

Postdata 1: sos un excelente cocinero.

Postdata 2: mientras tanto siguen siendo indudablemente ciertos los versos de A. Mutis, especialmente en los países como el nuestro a los que ahora se llama emergentes.

“Allí padecía los soberbios, los que manejaban la ciudad, los dueños y dispensadores de todas las prebendas, los que decidían en última instancia desde el contrato para la construcción de un estadio hasta la mínima cuenta de un albañil de las alcantarillas.

El desorden de sus poderes, la horrible variedad de sus soberbias, expresada en cada caso con los más horribles e hirientes matices, la larga historia de sus enfermedades - que era preciso oír con devota atención antes de explicar el motivo de la visita- la fetidez de las salas en donde moraban y despachaban al mismo tiempo sus asuntos, rodeados siempre de frascos y recipientes en los que se mezclaban las drogas y las deyecciones, los perfumes y los regalos....” de “El hospital de los soberbios”.

Por eso prefiero el genio de Melville: Thou just Spirit of Equality,  
which has spread one royal mantle over all my kind! Bear me out in it, Thou  
Great democratic God! Who did not refuse to the swart convict Bunyan, the  
pale poetic pearl, Thou who didst clothe with doubly hammered leaves of  
finest gold the stumped and paupered arm of old Cervantes...

Moby Dick, XXVI.

Carta al amigo del Atlántico Norte y Argentina.

Querido Carlos L.:

En las extrañas y durísimas circunstancias de perder a tu padre, lo que para mí también fue una pérdida, empecé a escribir esta carta. Se cierra casi el segundo año desde aquel comienzo doloroso e implacable.

Pusiste a tu padre en mis manos para aliviarle la angustia del síntoma de la desmemoria que lo acompañó junto al diagnóstico de cáncer hepático con metástasis, y yo, a mi vez, me esforcé por ser lo más útil posible con mi saber psíquico y clínico, siendo un hito en mi carrera, al ser Tjome, tu padre, mi primer paciente fuera del sistema de internación, confianza tuya que se da porque estamos muy unidos, amistad que se establece después de nuestra concurrencia al Liceo Militar, que tan profundas huellas nos ha dejado.

Al morir tu padre nos reunimos una sola vez en un año, comprensiblemente, de acuerdo a la lúcida y lenta elaboración del duelo que llevabas.

Es curioso que tengamos esta sola palabra “duelo” en español, que también alude a ajuste de cuentas entre dos contendientes, resolviéndose en un ganador que sale con vida o éxito, pero con culpa por la muerte o humillación del perdedor, y el perdedor, a quien sólo se le genera el deseo de repetición y venganza, diciendo acertadamente la Dra. Norma Dembo que ambas aplicaciones de la palabra “duelo” terminan igual, con el triunfo de la muerte.

Y en ese tiempo, el año en que empecé la carta y agonizaba tu padre, en 1999, fue el año más duro de mi vida, porque obligado por insuficiencias vitales como todavía no ser padre, o ser un fumador de tabaco vicioso, empecé a hacer la síntesis de lo que soy, y al hacerlo, revisé toda mi historia personal,

ocupando la terapia de casi dos décadas para entender mejor mi orfandad, un lugar central, junto a mi experiencia como niño pupilo católico y luego como liceísta y luego como universitario y cineasta. No estaba preparado para semejante labor y si bien no fracasé porque mi personalidad soportó los embastes de los instintos de mi naturaleza humana y la escritura y el cine me ayudaron, hice mucho ruido innecesario y patético. Recién ahora mi personalidad está creativamente centrada y mis escritos fluyen con la gracia que da estar mejor con uno mismo.

En ese contexto traté a tu padre. Por fortuna cuatro años como médico entrenado en hospitales psiquiátricos me dieron armas para entender bastante bien la angustia de tu padre, que para mí fue constante manantial de sentido común y amor a la vida, un hombre que tuvo mucha suerte, pero también una enorme voluntad, lo que se demuestra en los pocos espacios en que tuvo la oportunidad de ser creativo: como padre, como administrador de una multinacional y como arquitecto dotado e intuitivo de las casas en que vivió y que recrean de un modo grato, lo mejor de Holanda y lo mejor de la España que tanto amó.

Además, supe tratar a tu padre, dentro de mis limitaciones, porque yo, a mi vez, he sido paciente psicológico desde mis veintitrés años.

Me costó mucho hacer un diagrama, un mapa de los determinismos y aptitudes de tu familia, porque además de los hermanos de tu madre y de tu padre, y de los matrimonios de los tuyos, ustedes son siete. Era un mapa transoceánico y que abarcaba cuatro generaciones. Me sorprendió y me sigue sorprendiendo que por pertenecer al Mar del Norte, rodeados por Dinamarca, Alemania y Bélgica, con esa gran y nueva tradición protestante de cinco siglos, se adaptaron a este país sudamericano, agraciado por Sarmiento con la inmigración del Mediterráneo, ingleses anglicanos, alemanes católicos y

judíos rusos y polacos en mayoría, y sin que ustedes tuvieran que ser muy religiosos y vos prefiriéndote llamar “agnóstico”. Dos generaciones les llevó a ustedes llegar prácticamente a la clase alta y al mismo tiempo ser bastantes independientes de las fuerzas desagradables que dominan a esa clase.

No me fue tan difícil, en cambio, ver que vos eras la continuación más problemática e inteligente de la historia de tu padre. De hecho tu primer viaje a Europa fue un reflejo resumido de sus experiencias: Holanda y España sin un centavo y a fines de la adolescencia. Y te pusieron de nombre propio “Carlos”, que en la tradición europea es como una transición entre el catolicismo y el protestantismo, entre el Sur y el Norte, similar e inversamente a como fue la vida de tu padre que vio como su poderosa familia perdía todo bajo el nazismo. Y así, desde el Norte, se encontró pobre y sufrido al final de la guerra, para conocer el resultado de la millonaria matanza como miembro de la Cruz Roja. Así llegó, desde Holanda y Alemania, y luego casado con tu madre, afortunadamente holandesa, a España y Argentina, en las oficinas de un laboratorio farmacéutico holandés, “Organum”, donde fue lo suficientemente sagaz y humilde para estar en la cima, aunque lo vivido en la guerra nunca pudo perdonarlo al ente invisible llamado “humanidad”, “Menschkeit”, y jamás volvió a Holanda.

Sin embargo, no perdió la historia familiar y tanto sus hermanos, Robert, lamentablemente fallecido a principios de la década del 90, como el gran ingeniero Hans, lo acompañaron siempre.

Cómo habrá sido el proceso mental de tu padre para pasar de una familia de tabacaleros gentlemen con plantaciones en Borneo y Sumatra y que hasta le dio Burgmasters a Ámsterdam, al encierro brutal por no transar con los jabañes nazis, y luego, sin siquiera estudios secundarios en uno de los

países más evolucionados del mundo, a la Cruz Roja, al matrimonio, a España, a Argentina?

Supé que se sentía orgulloso y se consideraba así mismo un gentleman del siglo XIX, un emprendedor y, al mismo tiempo, la continuación de las mejores tradiciones urbanas y mercantiles de su ciudad.

Y así como a tu padre le aplastaron la adolescencia los nazis con el autoritarismo más feroz del siglo XX, a vos te la aplastaron los militares golpistas argentinos, que demostraron no ser muy diferentes de los de Hitler.

Pero ahí empieza la antítesis dolorosa que te ha llevado a conocer medio planeta como asesor bancario y empresario con pocas lagunas de paz en el océano femenino. Yo recuerdo a Tracy, la bomba ítalo-norteamericana que te dio sus encantos y a Cita, la elegante y difícil diplomática holandesa. ¿Has tenido más tratados de paz con el sexo femenino? No sé. Pero lo cierto es que como yo y aún mayor, de cuarenta y un años, no has acariciado la paternidad, estando todo a tu favor. Y es razonable. Bajo la admirable gravitación de tu madre ansiaste ser diferente a tu padre, rescatando lo mejor que tenía, y así lo has hecho, entre otras cosas, porque como todos tus hermanos, hablas perfectamente el holandés y también el inglés.

Creo que simplemente no podías ser padre hasta ver completo el mapa de la vida del tuyo, que es en lo que estoy empeñado en ayudarte, y así debías pasar por la inevitable experiencia de la decadencia y muerte, para resumir, planificar y resurgir.

Es admirable cómo construiste tu vida de soltero administrando negocios. Y sé que te costó, como esos duros años en Ámsterdam que te dieron tanta experiencia y tanto que pensar sobre vos mismo, secuela de la segunda guerra mundial, con más derechos que tus amigos argentinos, entre los que me cuento.

Sin embargo, a mi ver, hay un capítulo oscuro y central y que detecto a que te cueste tanto ser más feliz. Lo presento así: tus padres, como tantos europeos que sufrieron el nazismo, ven su época, por así decir, sus orígenes, con mucha sospecha, con mucho miedo. Es que el Führer gestó una guerra que mató a cincuenta millones de seres humanos con la excusa del mejoramiento racial y el exterminio de los judíos, los gitanos y los homosexuales, su permanente origen de paranoia homicida. Los judíos europeos, gran problema que sólo se resuelve con inteligencia, paciencia, amor y perdón. Toda la cuestión de los judíos europeos fue, con y desde mucho antes de Hitler, vista con sospecha ya que pudo generar un odio paranoico tan aniquilador como el terror germánico nazi, y parte del problema está en que al cultura occidental del siglo XIX produjo tres judíos centroeuropeos ineludibles y geniales: Marx, el vengador, Freud, el padre de la explicación sexual de la conducta y Einstein, el socialista ingenuo que fue padre indirecto de la bomba atómica.

A mi entender esta oscuridad sobre cómo tratar el tema es venenosa como el plomo, ya que Occidente pasó por el marxismo, aún sea nominalmente, Einstein es uno de los pensadores de la tecnología de nuestra época, y Freud es un capítulo ineludible a la hora de explicar el fracaso en la vida afectiva, y que aún dará mucho que hablar antes de que se aprecie la verdadera dimensión de la lucha entre cultura versus instinto.

Y vos llevas esa oscuridad de tus padres, esa falta de luz, pero con más suerte y más inteligencia. No en vano (y me gustaría saber cómo) ya leías “El miedo a la libertad” (“Scape from freedom”) de Erich Fromm a los dieciocho años, que es una síntesis del judaísmo más inteligente y mundano sobre el problema del nazismo, y ya desde el título es una respuesta desafiante, además de ser un libro genial de un psicoanalista que prefería llamarse paradójicamente por la falta de libertad que implica, marxista. Es que nadie

podría escribir sabiamente “El marxismo como libertad”, siendo lo más razonable titular “El marxismo como protesta violenta y desafortunada”.

Ese libro nos unió como nuevos amigos en los pasillos de la Facultad de Derecho, al tiempo que te daba otro libro de Fromm, muy malo y muy vendido, “El arte de amar”, y ya muy distintos del resto de la universidad a la que vos ibas fugazmente con la pretensión de ser sociológico, leíamos a Erasmo de Rotterdam y el Diccionario Filosófico de José Ferrater Mora, tratando, creo, de entender por qué tanta locura con el prestigio de los militares en las sociedades latinoamericanas, como lo más evolucionado dando la cara al Hemisferio Norte y que nosotros sabíamos, por haber sido compañeros en el Liceo Militar, aunque de distintas camadas, que estaba mal, por todo lo inútil que habíamos sufrido, si es que se puede sufrir inútilmente.

Nuestras conversaciones deben haber sido interesantes ya que cimentaron tan larga amistad. Y, si me permitís, de modo tangencial te acerqué un poco al mundillo cultural de esa época porteña, llevándote a la pionera Cinemateca Argentina, para ver películas de Ingmar Bergman y Chaplin, en el teatro de la Sociedad Hebraica, al tiempo que te hablaba de mi encuentro con Borges, breve, pero para mi mucho más importante que toda la historia del Rock nacional, que era lo que estaba en boga, junto al culto a Cortazar o al poeta socialista chileno Pablo Neruda, y que tenían más peso inclusive que la última etapa de los Beatles o Pink Floyd, a pesar de la masiva represión, que nosotros conocemos de oídas, porque aun estábamos muy cerca de los militares y su oscura gloria hasta la derrota de la guerra de Malvinas.

Lo que quiero nombrar como “sufrimiento inútil”, es la enorme carencia que generó tanta disciplina militar, inhibidora del yo, del orgullo, en la época en que gritan las hormonas, la adolescencia, y lo que por caminos tortuosos lleva a cierto cinismo sobre la debilidad aparente de la mujer y que se paga

con crueldad a uno mismo, o con masoquismo, como prefiere decir Freud, ya que es como afirmar que uno es un perro cínico, para dominar a su vez a una debilucha mujer. Qué fea época! Qué antítesis de la caballerosidad de la Edad Media, o del ideal de gentleman del siglo XIX!

El único consuelo es que ese sufrimiento cínico entre militares fue sólo en la adolescencia y luego zafamos, no como otros que siguieron, muriendo algunos en Malvinas o Facklands, o terminando como militares altamente paranoicos, o como miembros de empresas de seguridad y vigilancia.

Y a vos te quedaron un puñado de amigos muy valiosos por su sentido de empresa y de realidad, como los empresarios Marcelo Simón o Daniel de la Sota o el gerente Humberto Vieytes, especializándose como un hombre de mundo más holandés que argentino, pero también argentino, como demuestra tu respeto y cultivo del tango..., reflexión melancólica de la juventud, la vejez, la amistad, el amor , y el amor mercenario y prostibulario, que envuelve como un cristal a toda la ciudad y que, según dicen, se escucha en todo el mundo.

En principio creo entender por qué tuviste que ir al Liceo y que en la gran literatura se parece un poco, en el modelo al menos, a las novelas del ilustre escritor polaco inglés Joseph Conrad, que escribió entre los dos siglos pasados y que, supongo, alguna vez te convendrá leer, especialmente “El corazón de las tinieblas” (“Herat of darkness”) y “Lord Jim”.

Creo que como representante de un pueblo germánico, veías la diferencia y el prestigio estereotipado que te envolvían desde que naciste: ser el joven alto, rubio y de ojos claros en una sociedad en que a pesar de ser muy europea, aunque fundamentalmente del Mediterráneo no tiene mayormente estas características. Es el prestigio de Europa del Norte a pesar del nazismo y en algunos casos enfermos por eso mismo, más el prestigio de toda la

avalancha tecnológica norteamericana con sus rubios y fuertes actores de Hollywood.

Todo esto ocurría en la atmósfera de fines de los sesenta y principios de los setenta en que los militares eran el sinónimo de la autarquía y hasta de la cordura. Era la época en que el Estado nacional tenía más empleados públicos y las fuerzas armadas eran el camino más fácil para salir de la pobreza y no en base al comercio y la pequeña empresa como en los países protestantes, y que coincide con los primeros síntomas de la declinación de la formación intelectual sería que tanto apadrinó este país desde Sarmiento y la gran generación de 1880 y que también coincide con la masificación de la juventud en un socialismo ingenuo, interpretación hippie del pacifismo católico del siglo XX, y en otros, violentos guerrilleros, fruto del lado más oportunista del peronismo, la gran enfermedad que todavía vivimos, además del culto al médico asesino Che Guevara Lynch.

Era una contradicción que vivías en tu propio interior de argentino-holandés u holandés-argentino: resultado del resurgimiento europeo después del militarismo soviético y hitleriano, o en un país que tenía mucho de dictadura, especialmente del modelo español franquista y con prestigio o anuencia hasta de Norteamérica, decidiste conocer el mundo militar desde adentro, ya que era una continuación repetida y un poco más blanda de la adolescencia terrible de tu padre, lo que muy bien no sabías, ya que tu padre, por triunfar en un país de estas características no fue muy explícito y la única posición firme que tuvo tomada fue que los militares eran mejores que la demagogia peronista y a él le iba bien y todavía no había llegado el tiempo de los milicos locos de Videla, que sin duda, te hubieran hecho desistir de ir al Liceo.

Era la época y vos estaban en esa época, y has sacado de bueno de los militares el respeto al cuerpo físico, que ya entrado en la quinta década tan bien mantenés y que te promete larga vida, con todo lo difícil que es ser representante del ideal del hombre blanco, rubio y de ojos claros y ser uno mismo simultáneamente.

Pero más de veinte años después, coincidiendo con la muerte de tu padre, sentís cierta culpa inconsciente y melancólica por haber tenido esa adolescencia, en lo que intuís que no haya más frutos de amor con las mujeres en tu vida, a pesar del enorme despegue económico que has tenido y tal vez a causa del mismo, porque tener mucha plata es muy difícil de manejar sin cierta estructura poco cuestionadora de ciertas apariencias y que se vuelve en contra del verdadero bienestar amoroso en muchos casos, lo que para mi es la verdadera causa de la insuficiencia afectiva que todavía padeces.

Yo creo que esa insuficiencia y angustiante espera de mujeres o de una mujer es sólo momentánea, ya que siempre fuiste valiente en amores y como te conozco, sé que saldrás adelante con creces. No en vano, primero viste a un buen terapeuta de problemas de pareja, el Dr. Antognazza, y ahora está con la reconocida y bien reputada psicoanalista, Dra. Norma C. Dembo, que es de lo mejor que hay en Buenos Aires, quien trabaja con autorización de la sede matriz de la International Psychoanalytical Association de Londres.

Entre las cosas que me hacen pensar que vas a salir adelante en el campo femenino hay cuatro conjuntos de datos tuyos propios:

- 1) Tus cuadros del pintor Antón Heyboer.
- 2) Tus películas favoritas “The Godfather”, “The remains of the day”, “El Gran Dictador” y “The Wall”.
- 3) Tu sueño de las máscaras que habla de tu vitalidad, incluida la sexual, aunque no tengas pareja con quien crecer en este aspecto últimamente.

4) Tu lectura permanente de los libros rotulados de autoayuda entre los que hay libros geniales y muy importantes y que vos conocés.

---

1) Uno de los cuadros del famoso pintor expresionista abstracto Antón Heyboer, artista que cansado de los marchants ahora expone y vende para el pueblo y sabe vivir con cinco mujeres, sus amantes, en la zona rural de Ámsterdam. Para mí ese primer cuadro, hecho aparentemente a la ligera, encierra una gran verdad simbólica: la mancha roja y violenta, en forma de araña en el sector derecho, frente a una aparentemente fuerte presencia masculina en amarillo, azul y negro, fálica, que no deja de ser excesiva como una coraza enorme que le quita vitalidad en el sector izquierdo y que no puede casi nada con la araña roja y femenina.

El cuadro tiene el sabio y original consejo: “De Mann is er om de vromm te amuseren en bezig te houden, daarom is een saie Mann voor een vromm functiolooss. Lief zijn is niet gerroeg”

“El hombre existe, está para divertir a la mujer y mantenerla activa. Por ello es que un hombre aburrido es para una mujer sin función (functionless). Ser bueno no es suficiente”.

Ese cuadro es como una bandera de tus combativos cuarenta años y esa bandera está en el barco de tu sabia vida.

2) Tus películas favoritas.

Las películas así como las obras de arte que más nos han gustado a lo largo de la vida, suelen tener la virtud de representar nuestra propia concepción del mundo, con nuestras intuiciones y ritmo interno y todo nuestro sentir poético y estético, en fin, nos vemos en ellas reflejados como en un espejo.

Que las dos películas que más te han impactado y gustado de la historia del cine sean “The Godfather”, “El Padrino”, de Francis Ford Coppola, y “The remains of the day”, “Lo que queda del día”, de James Ivory, ya te presentan como personaje y qué haces y qué te gusta.

Obviamente “El Padrino” representa a tu padre, como así también a los militares argentinos que te mandaron en la adolescencia, especialmente a los militares, con su compleja estructura jerárquica y de camaradería, que crea un saber cínico y práctico sobre las verdaderas virtudes y capacidades de los subalternos y que tanto se parece al funcionamiento interno de las religiones, especialmente en nuestro caso argentino, de la Iglesia Católica con su jerarquía de curas, obispos, arzobispos y cardenales, y también a la mafia.

Asimismo creo que tu padre al defender los intereses de un laboratorio farmacéutico extranjero en Argentina sería para vos como Don Corleone con sus intereses de siciliano en Nueva York, además de que tu padre representaba, con su sola presencia, gran autoridad, como la de un padrino. (Te recomiendo la película de los hermanos Taviani “Padre Padrone”).

También en tu exclusivo trabajo para muy pocos que realizas siempre tuviste “buenos padrinos” que te apoyaron incondicionalmente a cambio de tus resultados provechosos.

En cuanto a la película “Lo que queda del día”, creo que demuestra hasta que grado te considerarás, muchas veces, como el mayordomo de las empresas de gestión de negocios en que trabajás, casi con el rigor de Anthony Hopkins y su eterno amor reprimido, ahogado, para la bella ama de llaves y que hace de su vida una serie de ritos perfectos hipercivilizados y ordenados que le impiden ser feliz... Gran problema, sin duda. Pero es sólo una película y vos no sos un mayordomo y el gran actor Anthony Hopkins es un hombre plenamente feliz, después de su dolorosa década de los cuarenta años como

alcohólico, carrera actoral que lo ha convertido en el mejor y mejor factor inglés.

También “Lo que queda del día” refleja una muy particular relación Padre-Hijo en cuanto a la dimensión moral y obsesiva con el deber cumplido.

También esta película provoca un gran sufrimiento al ir envejeciendo al supermayordomo sin ninguna alegría sentimental o de simple orgullo.

En cuanto a “El Gran Dictador” de Charles Chaplin de 1938, además de ser una sátira sobre Hitler antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial, también nos toca a todos con nuestros sueños de omnipotencia cercenados, aplastados por la realidad. Es bueno ver lo que le pasa a ese iluso dictador que en realidad es buen hombre, un peluquero que ha perdido la memoria y entra en el engranaje de la más perversa de las burocracias, amparada por un sistema democrático débil. Quién no se sintió alguna vez “El Gran Dictador”?

En cuanto a la película con música trágica y entre rock y pop de Pink Floyd “The Wall”, “La Pared”, que fuera un grito fuertísimo de protesta por ser el protagonista huérfano de padre en un sistema educativo muy autoritario que acrecienta la rebeldía del cantante de rock hasta casi convertirlo en un nazi, en un dirigente de masas totalitario, es simplemente la protesta de pedir un padre bueno, presente y vivo, no un soldado muerto en la Segunda Guerra Mundial. Un gran psicoanalista porteño y neoyorkino marcó el determinismo del anagrama entre Pared y Padre y entre The Wall y The Law, la ley.

Nosotros, Carlos, que hemos pasado por el Liceo Militar sabemos que fácil es sentirse nazi cuando te dicen que es lo mejor y que el nazismo es la inevitable misión de la raza blanca. Qué horror que la historia haya llegado hasta esa masificación asesina, sólo comparable a la dictadura del proletariado del marxismo, cuyo embrión confuso fue la Revolución Francesa, y también comparable a la Inquisición Católica.

3) El sueño del jinete negro con máscara veneciana, que al caer, tiene distintas máscaras hasta ser la cara real de una mujer hermosa, compatible con tu deseo de mujer refinada y de carácter fuerte, posiblemente de pelo oscuro, ojos grandes y nariz firme, y lo más importante, de caderas anchas.

Según los estudios freudianos de interpretación de los sueños, el sueño de correr, de andar velozmente, de volar, de caer de grandes alturas, de subir o bajar escaleras, todas estas imágenes-símbolo, representan el acto sexual y como resultado del dormir, el deseo de tener relaciones sexuales. El jinete serías vos mismo por contraposición de blanco a negro, vestido de negro, de luto, y caer podría ser síntoma de eyaculación precoz, mientras que quitar las máscaras habla de las claras de lo difícil que te resulta conocer verdaderamente a las mujeres, puesto que todas las últimas mujeres que te permitieron acercarse a su intimidad demostraron estar enfermas de represión sexual, fruto de una educación religiosa muy estricta, o por el fuerte componente homosexual de algunas de ellas que prácticamente no sienten el placer de ser gozadas por un verdadero hombre, sano y potente.

A su vez el jinete negro caído es tu padre acabado de fallecer, gentil y desafiando a la muerte con valentía. Pero finalmente muere, previa muerte de su memoria y los recuerdos familiares más queridos, con pocas lagunas de lucidez entretanto.

4) El cuarto factor que me hace convencer de tu gran futuro amoroso, está en la seriedad con que recurrís a los mejores libros, llamados despectivamente de “Autoayuda”, entre los que se encuentran libros del gran psiquiatra ecléctico Scott Peck, o el intuitivo razonador de los esquemas infantiles en la vida adulta como lo es el autor Charles Bly con “Iron John”, “Juan de Hierro”, o la joya que tenés sobre moral y felicidad cotidiana llamada

“Tuesdays with Morrie”, “Martes con Morrie” de Mitch Albom, que describe las mejores lecciones vitales de un gran sociólogo a su alumno más querido.

Es tan grande el amplio rótulo despectivo de “Libro de Autoayuda”, que se pierden en el anonimato de Buenos Aires, libros realmente muy valiosos y que al igual que “El miedo a la Libertad” y el que te regalé recientemente, “El arte de escuchar”, ambos de Erich Fromm, fueron como una introducción exitosa a tu terapia psicoanalítica tan bien enfrentada.

Seguramente ahora, con nuestro mutuo amigo J. Andrés May, el cerebro made in Princeton, seguiremos tocando estos temas y también nos acercaremos a la meditación oriental y la filosofía japonesa del Zen.

Lo que me quedaría por estimular en tu insaciable sed de conocimiento concreto y razonado para ser más feliz, está el lugar que les des a las obras literarias clásicas, la Biblia, Platón, Shakespeare, Defoe, Voltaire, Poe, Dickens, Dostoievski, Borges y los cuentos infantiles, y un poco de poesía clásica en sus idiomas de origen, sugiriéndote, al mismo tiempo, que retomemos nuestras lecturas de Erasmo de Rotterdam, que escribió mucho más que “Elogio de la locura”, “Moria Encomiun”. Y, desde ya, espero recibir tu regalo del “Diccionario Filosófico” de José Ferrater Mora, una vez que haya concluido mi compulsión al cigarrillo, mortífero autoenemigo de mi mejores logros.

---

Y, en relación a la muerte de tu padre, ya aceptada por más de un año como luto cumplido por toda tu familia adulta, me queda por ofrecerte, a modo de síntesis de mi trabajo con él, mi serie de preguntas incisivas para aguzarle la memoria, dentro de mis posibilidades.

Espero que esta serie de preguntas la veas como dirigidas a vos mismo, ya que sos una de las continuaciones de tu padre y no sólo por el apellido.

## GEHENGEN – MEMORIA

Preguntas y sugerencias al Sr. Tjome Wagener para aguzarle la memoria.

- 1) Un recuerdo agradable y otro desagradable de Robert, Bob, su hermano. Idlem Hans.
- 2) Recuerdos del padre.
- 3) Recuerdo de las madre.
- 4) Recuerdos de abuelos y abuelas.
- 5) Recuerdos de los bisabuelos.
- 6) Recuerdos de los tatarabuelos.
- 7) Recuerdos de cuentos infantiles recibidos.
- 8) Juegos típicos de la infancia
- 9) Estudios: qué, cómo, dónde, cuando, hasta...
- 10) Importancia de la música clásica. Por qué el gusto por Beethoven?  
Cuál es el músico que más le gusta?
- 11) Lo que sepa sobre Jazz, el tango, o el folklore argentino.
- 12) Valor que le otorga a la pintura artística.
- 13) Clásicos de literatura que haya leído.
- 14) Películas que más recuerde.
- 15) Inicio sexual. Edad. Nombre de la chica. Edad de ella.
- 16) Produjo algún embarazo antes de casarse?
- 17) Paisajes que más recuerde.
- 18) Recuerda a alguien desaparecido en la Segunda Guerra Mundial?
- 19) Recuerda a Frank Sinatra, Bernard de Lippe, F. D. Roosvelt, Lindbergh, Adenauer, Kennedy, m Churchill, Videla, Galtieri, Lanusse, Alfonsín, Marylin Monroe, Tita Merello, Luis Sandrini?
- 20) Recuerdos de Borges.

- 21) Vio la película “Martín Fierro” o leyó la obra de José Hernández?
- 22) Qué opina del gaucho?
- 23) Recuerdos de París y Londres. Otras ciudades o pueblos.
- 24) Gente de Barcelona que Usted conoció.
- 25) Recuerdos del Liceo Militar de Carlos, su hijo.
- 26) En general: recuerdos de todos sus hijos.
- 27) Recuerdos de automóviles. Accidentes.
- 28) El vagón de tranvía como la primera casa de la familia en Buenos Aires.
- 29) Noticias que más le impactaron.
- 30) Médicos, abogados, contadores, arquitectos que conoció. Otros profesionales. Trabajadores subalternos que recuerde.
- 31) Recuerdos de su trabajo en el laboratorio farmacéutico “Organnum”.

---

Hasta aquí llegan, Carlos, mis facultades para ayudarte y seguir consolidando nuestra amistad.

Me resta, a modo de consuelo, por la muerte de tu padre, agregar las palabras del agonizante Morrie Schwartz de tu libro “Tuesdays with Morrie”, del autor Mitch Albom, especialmente del capítulo “We talk about Death”, “Hablamos de la Muerte”.

Morrie sobrelleva libremente todas las religiones. Nació judío, pero se volcó al agnosticismo al ser adolescente, parcialmente por todo lo que le sucedió en la infancia. El disfruta de algunos filósofos budistas y cristianos, pero se siente hogareñamente, culturalmente, pertenecer al judaísmo. Sin embargo, las cosas que iba diciendo en su meses finales sobre la tierra, trascendían las diferencias religiosos. La muerte tiene la forma de hacerlo así.

“La verdad, Mitch”, dijo él “es que una vez que se aprende a morir, también se aprende a vivir”. Yo trato de entender.

Lo voy a decir de nuevo. “Una vez que aprendes a morir, sabes como vivir”.

Sonrió y comprendí lo que estaba haciendo. Se aseguraba de que yo absorbiera el punto, sin avergonzarme preguntando. Era parte de lo que lo hacía tan buen maestro.

---

“Porque”, Morrie continuó, “la mayoría de nosotros caminamos por ahí como sonámbulos. No se experimenta el mundo plenamente porque estamos medio dormidos, haciendo automáticamente lo que pensamos como deber”.

Y encarar la muerte cambia esto?, le dije.

“Oh, sí. Te sacas de encima lo que te perturba y te focalizas en lo esencial. Luego te das cuenta de que vas a morir y todo se ve diferente”.

Mitch? Puedo decirte algo?

“Por qué no?”. Pregunté.

“Bueno, la verdad, si tú realmente escuchas a ese pájaro en tu espalda, si tú aceptas que puedes morir en cualquier momento, no serías tan ambicioso, como eres”.

“Las cosas en que gastas tanto tiempo, ese trabajo tuyo, podría parecer no tan importante. Deberías hacerle lugar a algunas cosas espirituales”.

Cosas espirituales?

“Tú odias la palabra... Espiritual, Tú piensas que es sensiblería”.

“Mitch”, dijo él, sonriendo mucho, “yo no sé que son las ‘cosas espirituales’ realmente. Pero sé que somos muy deficientes en este campo. Estamos demasiado envueltos en las cosas materiales y éstas no nos

satisfacen. Las relaciones de amor que tenemos, el universo alrededor de nosotros lo damos como cosas garantizadas.

Por ejemplo; yo aprecio esa ventana más que tú. La veo todos los días por mi enfermedad. Tomo noticia de los cambios de los árboles, que tan fuerte va el viento. Es como si el tiempo pasara a través de la ventana. Porque sé que mi tiempo casi terminó, puedo ver la naturaleza como si la viera por primera vez”.

Mitch Albom

---

Creo, querido Carlos, que Mr. Schwartz tiene razón en todo lo que dice, aunque en mi caso particular no puedo abandonar el empuje de la ambición, una gran ambición, tal vez enferma, así como así.

Qué pensás?

Un fuerte saludo, Fernando C. De Gregorio Lavié.

14 de Diciembre 2001 Bs.As.

Argentina.

18 de Marzo de 2002. Bs.As.

Carta a Yoel Novoa, o sea, Don Oscar Vázquez.

Querido Yoel:

Definir mi amistad con vos es una de las tareas que más me cuesta realizar, porque al hacerlo debo tratar de entenderte, sabiendo que una parte muy importante de ese conocimiento se guarda en tu celoso traspaso de nombre de pila “Oscar”, allá por tus veintipico de años al seudónimo “Yoel”, nombre con el que enfrentaste tu periplo de diez años hasta California y Arizona, para volver a Argentina en 1978, durante el proceso militar de Videla para la pacificación sangrienta de nuestro país, especialmente de Tucumán y Buenos Aires, esta última, torturada con secuestros y atentados explosivos, la capital más importante de Latinoamérica y la menos parecida a la misma a la que volviste para instalarte en la casa espaciosa de dos plantas que compró tu padre en Flores, con sus ahorros de encargado de un edificio de San Telmo, que fuera tu hogar en la infancia y adolescencia.

Yo te conocí gracias a mi amistad con Mabel Dai Chang, que era tu noviecita por aquella época y vos ya empezabas a encarar el durísimo negocio de la compra-venta de libros usados, experiencia que te transformaría en un verdadero negociante y visionario creador de bibliotecas, realmente muy valiosos, como la que tenés en tu última pieza planta baja, con historia de la erótica mundial, y lo mejor de la literatura universal en otra sala, siguiendo los consejos orales y escritos que nos dejó Borges para crecer en este aspecto, el conocimiento plancentero, casi erudito de los clásicos.

Yoel, yo y él, él y yo es lo que traduce tu seudónimo: soy yo y él, el otro (el mismo?), esquizofrenia españolizante a lo Dalí, el que desde fines de la década del 60, en pleno hippismo mundial, recorrí Latinoamérica después de

hacer un secundario industrial y después de haberme formado como vanguardista teatral en el Instituto Di Tella, que formaría a Martha Minujín y a tantos otros, para exponer mi obra Sagrada en todas las capitales de Latinoamérica, menos en Brasil. Así pude conocer Machu Pichu y las mafias de cocaína de Bogotá, y también a miembros del Jet Set en palacios centroamericanos, y también conocí a mejicanos indios caníbales mientras me daba con alucinógenos y marihuana, junto a otra Martha, mi compañera amiga en todo aquel viaje iniciático.

Yo soy él, el que volvió del infierno latinoamericano, fruto de la mezcla de españoles —a su vez, mezcla de hispanos, godos, judíos y árabes— mezclados con aborígenes piel roja y negros esclavos, infierno de mezcla racial a la “sálvese quien pueda”, en vida breve y miserable como se da en la gran pobreza e ignorancia de Latinoamérica católica, y se salva Argentina o, al menos, Capital Federal y Gran Buenos Aires Norte. Yo, el que volvió, me hice librero, pintor, escultor y escritor y mis padrinos son Quevedo, Dostoievski, el gallego Castelao, Roberto Godofredo Arlt, Salvador Dalí y Borges. Y ahora, más viajante aún, coronación de mi vida, vuelvo al terruño de mis padres en la hermosa Galicia, en la próspera Galicia que hace décadas salió de la pobreza, en parte por el orden extremos y terror que impuso la dictadura del generalísimo Francisco Franco, gallego y asesino de su propio hermano anarquista.

Yo soy el Oscar Yoel que aterriza con sus esculturas siniestras, poeianas, arltianas, machiavélicas y grotescas a la tierna y reprimida y burguesa Buenos Aires. Yo, el que puede representar en papel maché la horripilancia de la convivencia de la clase media porteña, el que refleja la podredumbre erótica de esta ciudad aparentemente muy ordenada y sobre todo muy sobornable y corrupta y mafiosa, hija de inmigrantes sureuropeos y de países limítrofes, y

dirigida por ancestrales vascos como los Anchorena, los Uriburu, los Garay, Arrayagaray, Alsogaray y Pueyrredón. Yo me meo en todos esos nefastos patriarcas, que sólo le dieron a mi padre el oficio de portero y nada más, trabajo de brutos, para jubilarse en este país de mala muerte peronista...

“Hacer la América”... No me vengan a Yoel con eso, que sé que se las trae.

Acá, aunque no parezca y sea inaceptable, la raza lo es todo, y yo soy Yoel porque soy hijo de gallegos empobrecidos por la pobreza crónica de España desde fines del siglo XVII a mediados del siglo XX. Y sé que en los libros está el verdadero poder, los representantes del saber, los libros, que poseo por diez mil, por veinte mil, por treinta mil. Yo, Yoel y mis libros. Uno de mis amigos es el constante amigo médico, escritor, cineasta y fumador maníaco-depresivo y obsesivo-compulsivo, Fernando De Gregorio, quien no deja de auspiciarme un futuro de grandeza y alegría, ambición que creo compartir porque siento mi dura originalidad, mi escabrosa originalidad escatológica, tremebundista apocalíptica, yo, el amigo de Cancerbero, por terror al terror social sanguinario, que me parece inevitable en Latinoamérica, tierra de violencias enormes. Yo, el amigo raro de raros amigos y padre a mis cincuenta y cuatro años de Lola Vázquez, la flor de mi vida, mi consagración orgánica y futurista, aquí, en Buenos Aires y en mi España, mi entrañable Galicia de mi retorno inevitable por el caos mafioso argentino, que ni los locos y sanguinarios militares pudieron impedir, ocultándose detrás del padre de la patria, San Martín, para sus golpes de Estado desde 1930 hasta 1983. Hace veinticinco años que tengo el puesto de libros y curiosidades usadas en el tenebroso Parque Rivadavia, dónde se ve todo, todo Buenos Aires: los locos, alejados definitivamente de la civilización, los supermarginados, los coleccionistas pasatistas, los linyeras destruidos y crápulas, los ricachones

olfateadores de negocio, los periodistas, buenos y malos, los tangueros, los indigenistas, que no indigentes, los rockeros a la “The Wall” y skeanhead, los devotos de Paturuzú e Isidoro Cañones, fans del comic y del Heavy metal, las putas celosas y malparidas, los buscones de hembra trogloditas, los vejetes moribundos y eruditísimos, los niños perdidos, la doncellita regalada, la profesora frustrada y envidiosa, las psicólogas pobres, pobres psicólogas, ahogadas en la espera de la Internacional Psicológica que nunca llega, el poeta adolescente y cortazariano y surrealista, el peronista, vengador eterno del fascismo argentino, el socialista feliz e ignorante, el socialista serio, muy judío muchas veces y más marxista que Marx, los pequeños borgesitos pululantes y hormigas, los curiosos insoportables, casi afeminados, en fin, la clase media empobrecida, la clase alta enriquecida, los pobres, pobrísimos y canalla apiadable, las asociaciones homosexuales de Derechos Humanos y culos de diez centímetros de diámetro, todo pasa sorpresiva y lentamente delante de mi trinchera de ofertas y libros raros y todo es raro, como fue todo raro cuando me instalé en la Librería Rigoletto, en pleno paseo de la Avenida Corrientes, para conocer, de paso, todo el submundo de la bohemia literaria y periodística y artística actoral y musical del centro urbano más culto de Latinoamérica. Todavía nos queda eso: el orgullo de haber parido a Sarmiento, a Borges, a Cortázar (que no es el Che), a Piazzola, a Huossay, a Leloir, y también a Milstein.

Querido Yoel: así sos visto por mí.

Puedo estar muy equivocado en tantos juicios desmesurados, pero trato de ser respetuoso de nuestra amistad de más de veinte años. También trato de adivinar el futuro y la razón me dice que posiblemente te vaya muy bien en

España, sin perder las gruesas raíces porteñas, que tanto mal y tanto bien nos hacen.

El artista o creador mejor reconocido de origen argentino del que tengo noticia es Guillermo Kuitca, quien tuvo el respaldo incondicional de padres universitarios y prósperos, que lo apoyaron en artes plásticas desde sus siete u ocho años interrumidamente hasta consagrarse definitivamente en New York a los veinticinco años a mediados de la década del '80. No es tu caso, pero no creas que no valoro tus esfuerzo hercúleo desde que volviste a Argentina en 1978 para asimilar y crear literatura y artes plásticas. Y tu soledad y diferencia abismal con el resto del arte porteño y contemporáneo, en general, alguna vez será premiada justamente. No lo pongo duda. Sé que concretamente no estás en soledad, sólo me refiero a que no tenés el reconocimiento público, que tan arduamente te has ganado. Ese es el quid de la cuestión de que emigres a Galicia, donde vas a estar más tranquilo y, a la larga, más comprendido, porque allá tenés tus raíces ancestrales, que son buenísimas. La cultura actualmente democrática de España es una de las más hermosas y todo el mundo lo reconoce. No tenés que abandonar ese dato de realidad, siendo España en este momento un lugar de pujanza y tolerancia culturales casi superiores a la francesa o a la italiana, y más vitales y contradictoriamente desarrolladas, lo que es sinónimo de mayor creatividad y mejor futuro.

Es muy gratificante como amigo, ver que has salido del infierno del abuso del alcohol y del tabaco y hayas formado tan bella familia que te permite ir orgulloso a tu primigenia familia gallega, que apoya esta suerte de exilio y repatriación simultáneas.

Por último me resta agradecerte que me hayas permitido filmarte todo el año 2000, trabajo del que tendrás el extracto definitivo, trabajo que me complace al verlo cada vez más logrado y original.

Con un fuerte abrazo hacia el futuro, te quiere, Fernando De Gregorio.

Post Data 1) Tu último vicio, que es parte de la personalidad gauchesca argentina, es el mate, que en tu caso es una infusión tonificante de mucha miel con hierbas de las sierras de Córdoba, y no el *ilex paraguayensis*, o yerba mate.

Post Data 2) Parece que la conclusión de la muerte de tus padres en estos recientes años apresura tu inmigración a España. Yo creo que es una respuesta sana y realista.

2 DE Abril, 2002, Bs.As.

Carta a la virgen del destino

Apreciada madre de los cristianos:

Maria, santa o santificada: no te voy a nombrar como virgen del socorro, o de la consolación, o de Luján o de Lourdes, o de Itatí, sino del destino, porque creo que esa es tu verdadera característica, dicho de otro modo, que acompañas el determinismo de los mortales.

Si pudiese ser un lector ingenuo de los evangelios y suponer que así son los pastores televisivos que quitan demonios y enfermedades, no dejaría de sorprenderme que esta acción genera cierta furia reparadora, como uno más que toma conciencia de la pobreza y desamparo de la mayoría contra la megalomanía de unos pocos, que a su vez, creen salvar a todos. Nos movemos en esa única guerra insoportable, la de “el hombre es el lobo del hombre”, y la religión es la transacción y educación para soportar esta clase de vida y su muerte.

El imperio romano, después de cuatro siglos de tratar de entender este monoteísmo masoquista tripartito (Padre-Hijo-Espíritu) cedió a la evidencia del pueblo cristianizado como lo mejor, en el mejor de los mundos posibles, como diría Leibnitz, y allí estabas vos, la mujer inmaculada y sufriente, madre del Hijo Dios.

Yo no entiendo de religión, pero veo a tus devotos y los templos en tu nombre. Los psicólogos dirían que es una necesidad de la mente el culto a la maternidad, ya que le debemos la vida a la mujer que nos gesta y se ocupa de educarnos en los primeros años, algo así como una deuda que jamás se termina de pagar, ni siquiera haciendo madre a otra mujer.

La frase “poca filosofía aleja de la religión, mucha acerca”, me hace pensar en el misterio que rodea a tu tiempo y tu importancia de dos milenios.

Se pueden buscar razones y excusas que expliquen lo que pasó, como que el mundo estaba preparado para una evolución de vuelco religioso monoteísta de presente fatalista y futuro paradisiaco para los justos, e infernal para los injustos, que salvase el rígido orden paranoico militar del imperio romano. Pero quién pudo imaginar una historia tan extraña, tan compleja y diferente y llena de milagros como la de la santidad ejemplar de Jesús, tu Hijo Dios? Y si Chesterton, el literato católico inglés, tiene razón y los milagros son frecuentes y no los vemos? Además, en este siglo de ciencia-ficción con clones y posible máquina del tiempo, podría dejar de ser fantasía que el futuro cuidara al pasado con la apariencia de milagros.

María, o Santa María, madre del mesías judío no aceptado por los judíos, pero sí por todo el Occidente cristiano y como profeta previo a Mahoma en el mundo árabe, me arredra el misterio de tu vida y tus posteriores milagros católicos, ocurridos desde que subiste a los cielos volviendo de tanto en tanto a la Tierra y que rondan la ciencia-ficción, cuyos precursores fueron Jules Verne y Herbert George Wells. Lo repito, si existiera la máquina del tiempo perderías el misterio y serías una adoctrinada privilegiada por el futuro para mejorar la cultura tan autodestructiva del hombre en su dominio paulatino de la ciencia y la naturales. Es la mejor forma de verlo.

Lo enigmático de la vida de tu ilustre y mundialmente Dios Hijo, Jesús, me llena de interrogantes, y a veces, de malentendidos, además de reconocer el poder de salvación que se le atribuye. Cómo se conjugan sus afirmaciones aparentemente contradictorias: “He venido a traer la espada” y “Hay que dar la otra mejilla”?Cuál es la psicología divina o megalómana que trata de hacer coincidir estas afirmaciones, o estas otras: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” y “Yo soy la luz, la verdad y la vida”, siendo luego crucificado por el Sanedrín y los romanos? Asimismo, qué mejor frase para

resumir la evolución de las civilizaciones contemporáneas que “La verdad os hará libres”?

Como afirmó Borges: “Cristo es la figura más vívida de la memoria humana. Nadie como él ha gobernado, y sigue gobernando el curso de la historia”.

Si lo mágico es posible, sería porque Dios deja jugar a los hombres con magia (la multiplicación de los peces y los panes, resucitar a los muertos, dar la vista a los ciegos). Dios se divierte con que algunos mortales ejerzan esta protectora magia blanca en medio de la envidia de magia negra.

Con Dios, el supuesto hipotético dios de mis elucubraciones agnósticas, el mundo tiende a ser más justo, más feliz y duradero. Pero como afirma Dostoievski: “El miedo es la maldición del hombre”, y sigue siendo el miedo la mayor fuerza hacia la religión —véase al psicoanalista marxista Erich Fromm— recubierta de “amar al prójimo como tí mismo”, el famoso segundo y último mandamiento de Jesús. Es el miedo y no el amor, lo que ata los impulsos de destrucción y autodestrucción que invaden a la cultura como límite de la ambición entre unos y otros. “No nos une el amor, sino el espanto,

Será por eso que la quiero tanto”.

Aclararía Borges.

Y vos, virgen María, aparecés de vez en cuando regalando milagros en cuevas pastoriles perdidas y anunciando en el porvenir la segunda vuelta de Jesús, que también sería la hora del Juicio Final.

Oh!, madre hipotética y doctrinal de Dios: debo buscar la sabiduría del ritual obsesivo que brindan los dispensadores de religión, ya sean cristianos, judíos —los más sabios—, árabes o politeístas budistas o animistas? No es más sano y casi lo contrario y de rebeldía sana y necesaria leer y ver cómo

funcionan la razón y el corazón y la psiquis y la sexualidad en Sófocles, Shakespeare, Freud y las grandes obras narrativas desde el Werther de Goethe o, tal vez, desde Don Quijote, y el romanticismo de los siglos XIX y XX, tantos ilustres cerebros como el del argentino católico protestante librepensador J. L. Borges, que concedían a la religión el estrato de retaguardia y teatro menor y correctivo de la indisciplina y la culpa abrumadoramente humanas?

Claro, al rezarte a vos, Maria, uno se saca la culpa del pecado original: la sexualidad de saber la sexualidad en su desnudez débil y paradójicamente omnipotente, ya que vos engendraste por obra del Espíritu Santo, vía el Arcángel San Gabriel, sin culpa sexual, para que tu hijo sacara todas las culpas, incluida la sexual, y así obtener el perdón y la dicha eterna en el Padre Dios.

Es eso lo que quiero? Debo aplicarme a la desesperación por el ritual obsesivo de la misa, y/o la confesión católica y/o la caridad universal, siendo mi sombra de pasividad femenina, sin ser anarquista, casi homosexual insoportable, para entrar a la cultura y al sistema de la realidad económica mundial de la que neuróticamente me aparto y boicoteo y sublevo, reiterando que no soy socialista ni anarquista. Dicho de otro modo: debo ser cogido, penetrado por el sistema?.

Me rehúso a entregarme así, como a algo parecido al componente homosexual del miedo, en el que viven las masas pasivas, solidarias y mayoritariamente ignorantes y parásitas y pasatistas y agobiadas por el trabajo en serie.

“El sexo es el arma antimasa, antimasividad humana propiamente dicho, más potente que conoce el hombre en su camino de diferenciación individual”, dijo un gran psicoanalista internacionalmente reconocido.

Será tan malo diferenciarse hasta la locura como Zarathustra y Nietzsche y olvidar el re-ligare, la religión, la reunión ante el misterio de la vida, la tradición y el progreso?

Será solamente alucinación colectiva, pasividad histórica de la masa, que aparezcas en Lourdes anunciando la Segunda Guerra Mundial y la caída del comunismo?

Lo que más me retrae de la religión son los recuerdos macabros que tengo al ser parte de mi niñez educado en un colegio pupilo para hijos de sirvientas y madres pobres y solas, llamado “Nuestra Señora de la Luz”.

Allí viví en la oscuridad más terrible y maligna con víctimas niños varones abusados sexualmente entre los seis y los diez años. Eso no lo puedo olvidar, ni perdonar, ni perdonarme.

Sin embargo, veo claramente, a pesar de este dolor inmenso, que esta religión de madre humana e hijo divino ha unificado a Europa y el mundo occidental, desde la espada que trajo Alejandro Magno haciendo del orbe grecolatino y de los judíos, herederos de los mejor de Egipto y Babilonia, el molde del mundo unificado a través del pobre predicador judío Jesús, predicador de la buena nueva de que Dios está entre los hombres salvando a los más sanos y buenos y creando una religión monoteísta que supera el desamparo de las rivalidades politeístas. Y la democracia y cultura ateniense y el orden defensivo agresivo espartano, similar al romano, reviviría en el espíritu democrático occidental mucho después con la democracia parlamentaria aristocrática inglesa en los tres poderes ya clásicos, como la Santísima Trinidad: ejecutivo, legislativo y judicial, desde el siglo XVII, aspirando gran Bretaña, por este hecho, a ser llamado el Imperio continuador del romano y no la Iglesia Católica con sede en Roma. Esto es, eficiencia democrática como premisa que ni las veleidades igualitarias hacia debajo de

K. Marx pudieron socavar con todo el poder aparentemente racional e inevitable de los idealistas materialistas, políticos de las Internacionales Socialistas del siglo XIX.

Oh! Religión y religiones, Oh, catolicismo que me perdonas y me has hecho sufrir lo indecible! Sinceramente no quiero tu perdón que es sinónimo del rótulo de "regenerado".

Odio tu sistema parlamentario totalitario y castradoramente maternal que nada tiene que ver con la evolución del parlamentarismo protestante y la lectura directa de la Biblia, sin intermediarios: Dios y yo y la soledad del siglo XX, la soledad del encuentro imposible, o futuro, o ficticio, o salvador de la ética, de la tradición.

Cuánto dolor y miseria católica soy yo mismo, en mi vida y en el destino que me ofrece tu religión, virgen María, virgen del destino católico con pretensión de Imperio Romano pacífico. Pax Romana ante tus hijos herejes, Inglaterra y Estados Unidos, que te han enseñado la historia mejor de los que la creías saber.

Venganza crucificada en el psicoanálisis.

25 de abril, 2002, Bs.As.

Fernando De Gregorio Lavié.

“ My father s brother, but no more  
like my father than I to Hercules”  
Hamlet I, 1.

Schwarzenegger y yo

Carta a Arnold Schwarzenegger:

Querido Arnold:

El Norte centro de Europa, así como los mongoles, han sido constantes desestabilizadores de la historia. Las tribus africanas y los conglomerados azteca e inca han sido pasivos a ese rugir del Norte. También Australia y Oceanía, "Los Hércules vienen del Norte", decía Flaubert, aunque el león rubio, el animal emblemático de Europa sea africano, símbolo de la brutalidad y la inteligencia imperial, especialmente en lengua inglesa, como se recuerda desde Shakespeare.

Schwarzenegger es tu apellido, tu nombre paterno, que significa "negro-negro", un austríaco gigantesco, hipertrofiado y acorazado, para algunos, atleta y sex symbol, para otros, que arrasa de popularidad y éxito a las masas cinematográficas y televisivas de todo el mundo, austríacos incluidos.

Destino untrasingular el tuyo, hijo de policía de pueblo chico, blanquísimo y de ojos claros, aunque de fisonomía algo negroide, sublimaste esa contradicción de tu apellido y tu inoperancia como camarada y estudiante en los fierros del gimnasio, hasta hacer de cada músculo, una tonelada de buena carne comestible. Incitás al canibalismo, que murió definitivamente en la humanidad desde África hasta el Pacífico Sur, pueblos que demostraron ser pasivos a la civilización y activos en comer al adversario.

Si fuera fidjiano te miraría como a un guiso inacabable de bondadoso animal.

Y la bondad te caracteriza, como es mundialmente conocido y no tenés ninguno de los vicios que hacen horripilante el éxito de los famosos del séptimo arte. Hasta presidís olimpiadas atléticas de niños y jóvenes disminuidos genéticamente con el síndrome de Down, atletas sonrientes de

tener tu cercanía colosal, vos, el Tarzán de los europeos, con ánimos de gobernador de California, y por ende, ánimo presidencialista republicano, casado con mujer del clan Kennedy.

Tu infancia, al lado de la cortina de hierro soviética, te debe haber enseñado intuiciones políticas definitivas, como que detrás de esa cortina había un laberinto de esclavos burocráticos kafkianos con terrorismo de Estado, sólo comparable al nazismo, a la China de Mao Tsé Tung, o al Apartheid sudafricano. China, el último país del mundo con “dictadura del proletariado”, junto a Cuba, isla azucarada y diabética. China, representante del extremo Oriente, el del Buda achinado y de Confucio, que saborea la utopía más violenta que haya producido Occidente, como la de los jesuitas en Paraguay, como la de Jihad en las líneas del Corán de Mohamed, China, país amarillo superpoblado de urbes y aldeas en el que reinan las buenas maneras hipercivilizadas y fue agobiado por el opio inglés hasta “El último Emperador”, que tan sagazmente nos revelara Bertolucci.

En tu adolescencia, Arnold, el renegridamente famoso Ernesto che Guevara Lynch iba al laberinto soviético a buscar armas y dinero para aterrorizar al catolicismo militar iberoamericano, que despertó de su sueño de incompetencia y malversación por renovación y mezcla racial de trece siglos, al fuertísimo e inteligentísimo imperio norteamericano, y a las tribus africanas, recién liberadas como colonias de los prestigiosos países europeos, en esto, Mac Beths a gran escala, perseguidos por el eficiente e insoportable fantasma de la culpa, autocastración por insuficiencia vital y sin perdón (per-donare, for-give) ni olvido (obliteratio, for get) para que este Che Guevara Lynch muriera (justamente) linchado por bolivianos y por la Central de Inteligencia Norteamericana (C.I.A.). No era tiempo para un utopista médico fusilero masificante (perdón por la adjetivación despectiva).

Cuando agonizaban los gritos hitlerianos con olor a cámara de gas y reacción atómica, imperio breve y postizo del Ku Klux Klan, es decir, otra vez el insoportable rugir de la brutalidad y la inteligencia sangrienta del Norte, ante la auténtica envidia parasitaria no superada y comprensible del judío alemán Karl Marx, el marxista antimonárquico de la monarquía constitucional, antiburgués del desalmado trabajo fabril del siglo XIX, vos te enamoras de Ingrid Bergman, Rita Hayword y Sofía Loren, y tu destino era ser el terminator de ese pasado de masificación castradora y antihumana, ya sea “dictadura del proletariado” o la excusa de la extrema derecha del mejoramiento de la raza blanca hacia el superhombre hitleriano-mussolinista, y fuiste el mayor éxito de la masa cinematográfica sin ser Marlon brando o Marcello Mastroianni, en la película de acción pura más perfecta del cine, “Terminator II”, joya del siglo XX, milagro del siglo XX.

Tal era el impacto a favor y en contra de lo que representabas (la grandeza norteamericana para incorporar grandes hombres, excepciones creativas, sinónimo de business) que James Cameron, el hombre cámara de Hollywood por antonomasia, el creador colosal de la once veces premiada con el Oscar “Titanic”, tuvo que poner en boca tuya en “Terminator 2”: “come with me if you want to live” (“ven conmigo si quieres vivir”), dándole la mano a la inteligente y atlética madre del niño héroe, mujer que padece del diagnóstico de psicosis esquizofrénica por tener datos incuestionables de la destrucción nuclear de la mita de la humanidad, el día del Juicio Final, Judgement Day, criticando Cameron, de paso, el último bastión de la brutalidad médica, la psiquiatría penal. Allí, vos, Schwarzenegger, junto a Cameron y los más sanos del séptimo arte norteamericano decías: “si quieres vivir, síguenos”. Más claro imposible en el país de las mejores universidades del mundo y en las pantallas de todo el mundo.

Pero, claro, los que en algún momento de su vida pensaron existir como enseña Marx, la moral comprometida con el programa de destrucción del sistema laboral y comercial capitalista, mayoritariamente jamás te podrán dar la mano, pues como las torres gemelas de New York y el Pentágono de Virginia, sos un símbolo del poderío tan odiado por conocimiento envenenado y enredado y por proyección de las propias miserias, como decir: “Si yo estoy mal, y mal está el pueblo (latinoamericano, africano, árabe, hindú, chino) se debe al ladrón y asesino imperio del Norte”. No: se debe a la cultura retrógrada de esos pueblos (que me incluyen) y que no está a la altura de las circunstancias, por más beneficencia útil o usura que haga el Norte, y aún con el sistema paranoico de los organismos de inteligencia policial y de política internacional, llamados C.I.A y otras yerbas.

Yo, porteño de la capital de Argentina, te puedo asegurar, Schwarzenegger, que en mi caso, la adoración por el cambio social, ya sea de derecha (haber sido adolescente militar frente al gravísimo problema de la guerrilla y el terrorismo urbano) o de izquierda (haber asistido desafiantemente a las marchas de las Madres de Plaza de Mayo, echándole toda la culpa de la ineficiencia del país a la megalomanía y perversión homicida nazi de los militares argentinos) no era, en definitiva, más que protesta histórica, síntoma individual e inconsciente de mis propias carencias culturales e internas.

Hoy en días, algún ex-amigo de derecha o de izquierda, podría tildarme de “títere del imperio”, como si no hubiera usado toda mi inteligencia, memoria racial y emociones para entender lo social, que nunca se alejo demasiado de la sentencia de Thomas Hobbes de que “el hombre es el lobo del hombre”, “homo hominis lupus est”.

Que puedo decir a mi favor? He tratado de curarme a mi mismo de mis impotencias afectivas e intelectuales siendo médico, y si bien después de ser un atlético adolescente militar con aires de Napoleón sudamericano, pase al socialismo maligno e ingenuo que practicaban los cineastas argentinos, ahora puedo decir que los sueños mejor logrados del cine se caracterizan por la apelación a héroes bien diferenciados y justos, nada demagogos, entre los cuales tus personajes se llevan las palmas de oro, hablando en contra de esta teoría escasamente las películas soviéticas, especialmente la de Sergei Einsestein, en donde el héroe es la masa indignada que es llevada por Lenin a la revolución, pero esta contra es sólo una excepción aparente a la regla y que además ha demostrado que desemboca, al igual que la Revolución Francesa, en la más sangrienta de las tiranías. También hablarían en contra de esta teoría los filmes negros (Film Noir) con antihéroes de protagonistas, como las películas salvajes de Quentin Tarantino, o las primeras de los hermanos Cohen, o los films de Terry Gillian como la crítica al sistema capitalista futurista en “Brazil”.

Se puede apelar al principio de que sólo la destrucción es el inicio de una nueva construcción, pero yo respondo que hay grados, desde la escala más brutal a la más civilizada, y no es cuestión de ser Atila en el siglo XXI, o el gran Dios bíblico del Antiguo Testamento, destructor de Sodoma y Gomorra, o de Babilonia.

Particularmente, en Argentina, sobre todo en este inmenso puerto internacional de buenos Aires, hemos surgido de la destrucción de monarquía española por Napoleón, imperante en Iberoamérica, como Brasil del Portugal, y esa destrucción romántica a la francesa, con sesgos de masonería, nos sacudió en otra destrucción, la guerra fratricida, guerra civil que recién se estabilizó cuarenta años después con la Constitución de 1853. Y después nos

amoldamos a los grandes de Occidente, Inglaterra, Francia, Alemania, el naciente Estados Unidos, para ver surgir a la gloriosa generación de 1880, que junto a la inmigración europea nos convirtió en una democracia parisina ejemplar, y la más rica del continente iberoamericano hasta el caos del coronel demagogo populista y totalitario, Juan Perón, precedido por otros militares nazi-fascistas como Uriburu y Rawson.

Lo curioso y original de esos terremotos de construcción a pasos indecisos y a la española afrancesante es que generó Argentina dos colosos, dos Hércules culturales: Sarmiento y Borges, ambos exponentes a la máxima potencia de las virtudes europeas y norteamericanas, representadas con éxito hasta fines del siglo XIX por la masonería. Sarmiento: presidente del país y autor del análisis sociológico del fenómeno del caudillismo sanguinario y gauchesco con el libro “Facundo”, Sarmiento, el padre de la inmigración europea entre 1870 y 1940. Y Borges: el más tenaz relector de las virtudes literarias del siglo XIX, el siglo del imperialismo europeo mundial. Yo soy del país que generó al ilustrísimo y erudito polemista y poeta y cuentista y ensayista Jorge Luis Borges, quien peleó hercúleamente contra sistemas literarios de inferior calidad y pedantería típicamente ingenua maligna socialista argentina (perdón por la adjetivación despectiva), típicamente escritores de autodestrucción por falta de grandeza fantástica en la infancia y falta de polilingüismo o poliglotismo en un país crisol de idiomas.

A estos dos héroes de la cultura, que también reflejan al astuto héroe Ulises, yo quisiera imitar. Es más: toda mi vida me motivaron a estudiar, además del agregado de haber descubierto el trabajo intelectual y terapéutico de un gran psicoanalista porteño y neoyorkino a mis dieciséis años. Se conjugan, por así decir, en mí, el que aspira a la literatura y el cine, y el que aspira a médico terapeuta de la psiquis.

En este contexto, no es tan raro que ahora Argentina en el 2002 esté en tamaña crisis. Hay que digerir a esos monstruos: Sarmiento, Borges y el psicoanálisis. Esta misma falta de fuerza embrionaria con semejantes temas históricos ya nos predispone a la grandeza cultural. Es cuestión de tiempo y psicoanálisis.

Por eso te invoco, Arnold Schwarzenegger, pues si mi capacidad promete, podríamos hacer del cine de comedia una versión más refinada de la película que hiciste con Danny De Vito "Gemelos", y alguna obra de ciencia-ficción que mostrando la tragedia de ricos y pobres, de instruidos e ignorantes, que se da en el planeta, sirva para sugerir algún método práctico y posible para achicar el número de pobres y de ignorantes y también de psicosis social por las religiones perversamente prometedoras del paraíso o el nirvana.

Querido Arnold: te has destinado a la política, pero seguís unido al show business, al espectáculo de masas. Ambos parecen ser lo mismo como se afirma en la película "Guardaespaldas", "Bodyguard". En este caso, si dentro de cinco, diez o veinte años, si todavía vivo y logro cristalizar algún aporte a la literatura, el cine y la terapia psicoanalítica, esta última que tanto parecen conocer tu admirado James Cameron o Steven Spielberg, trataré de ponerme en contacto. Tal vez yo resulte tan heroico y útil como mi Sarmiento, o mi Borges, o vos mismo, o James Cameron, o Steven Spielberg, o Robert Zemeckis.

Que más puedo desear? Ser el Joseph Campbell del psicoanálisis aplicado para acercarme a la saga de "Starwars" de George Lucas?

Más allá de esta perpleja admiración, de este sentir con que me dirijo al Papa Noel de Norteamérica, me impongo ahora la observación enumerada y cronológica de algunos de tus films.

Creo que tu primer película ya la protagonizaste al ser Mister Universo, allá por principios de la década del 70 con “Hércules en New York”.

Después hiciste la saga mágico heroica del rey caucásico precristiano “Conan, el bárbaro”. Ya era una extraña consagración siguiendo la tradición del cine de forzudos, los Hércules y Maschites de Hollywood. Pero James Cameron, ya destacado con “Alien II” y “El abismo” te llamó para protagonizar el autómata asesino del futuro de “Terminator I” a principios de la década del 80.

Ya, para entonces, estabas vinculado al partido republicano en calidad de asesor en deportes y tuviste la enorme suerte e inteligencia de no anquilosarte en el género del forzudo, sino que hiciste una bella película con Danny De Vito, “Gemelos”, de Iván Reitman, que te abrió las puertas de la diferencia en el éxito. También hiciste películas de superhéroes como “Depredator” e interpretaste al capitán soviético Danko, en la era de la Perestroika, y te consagraste mundialmente como efigie y enigma del séptimo arte con “Terminator 2”. Luego hiciste de supervillano en “Batman IV” como el Doctor Frío, un médico investigador que quiere congelar el planeta porque tuvo que poner en crioterapia a su esposa, quien padece de una enfermedad incurable. También volviste a la comedia de acción con “Detective en el Kindergarten” y “Last Hero Action”, esta última homenaje muy particular a los íconos del cine clásico, y películas de intriga y superacción como “Eraser” y la importante “Mentiras Verdaderas”, “True Lies” de James Cameron, además de “Vengador del futuro”, “Total Recall”, de Paul Verhoeven. Y también volviste a trabajar con Danny De Vito en “Junior”, historia de científicos de la genética que logran que quedes embarazado como una mujer sin útero y sin perder la virilidad.

También, con motivo del fin del milenio, te convocaron en una historia de Apocalipsis con la presencia del diablo cristiano en “El día final”, “End of days”. Y la penúltima película que hiciste, que yo sepa, que vista en Argentina, fue la de la clonación mafiosa de seres humanos en “El sexto día”, siendo tu última película no estrenada comercialmente, por ser la historia de un bombero en una situación terrorista, como lo sucedido en el atentado a las torres gemelas de New York.

Cuál es la perspectiva que me surge al ver esta serie de films? Básicamente que te convertiste en un mito auténtico y valedero de las virtudes de fuerza y autosuficiencia y libertad, o como prefiere la tradición, de “self made man”, que caracterizan a Norteamérica en masa, la tierra, el país de “Aquí se puede todo, de acuerdo a la ética de la democracia tradicional protestante”, el país que inventó la lamparita, el automóvil, el avión, el teléfono, el fonograma, la heladera, la computadora, el país que produjo a Jefferson, Lincoln, F.D. Rossvelt.

Se puede conjeturar que los creadores fílmicos han llegado a una etapa de estudio sobre el impacto en los espectadores que incluye casi científicamente el mejoramiento de los individuos a través del mito renovado en la más hermosa ficción que haya producido el hombre, el largometraje cinematográfico, que supera y acompaña tolerantemente a las religiones.

Se te ubica en caracteres de extremo heroísmo en los límites de la ciencia-ficción y la religión casi como si fueras un arcángel o un santo del futuro y parece que la fama no te ha intoxicado con drogas, alcohol o prostitución y decadencia sexual. Cabe decir que la cultura norteamericana ha llegado a un control tal de las consecuencias interpretativas del cine (ejemplo: “Artificial Intelligence”, de S. Spielberg) que parece que las mejores películas se involucran unas en sucesión de otras casi con criterio matemático y

freudiano, y en una variación musical que recuerda la evolución de las Sinfonías clásicas.

Cómo un forzudo austríaco puede representar el drama de la clonación humana, o ser el científico que porta un embarazo, o ser el héroe Jericó contra el mismísimo diablo cristiano, o desafiar a las corporaciones interplanetarias del siglo XXI?

Todo esto es muy desconcertante y requiere de perspectiva histórica para ver que una persona como vos, modelo de la cultura norteamericana, porta el enigma del nuevo hombre en gestación en la nueva civilización tecnológica que se está viviendo.

Desconcierto y enigma te rodean, Arnold Schwarzenegger, verdadero rey actoral del planeta Hollywood.

Fernando De Gregorio.

Querido tío Julio:

A tu profesión la cubre el mármol y la oscuridad de la venda de la justicia. Los animales emblemáticos de los abogados son el cuervo y el buitre. La melancolía del cuervo ya la reflejó con voz inmortal Edgar Allan Poe. Yo me quedo con el emblema del buitre.

Abogado buitre, tío embalsamado en el mercenario conocimiento carnal y la medicina suiza: te quiero, o bien, te quiero matar. No sé cómo, pero sos mi tío, el único que tiene el corazón y la sangre familiar de mi padre. Sobreviviste a tus cuatro hermanos. Fuiste el benjamín y saliste el mejor, con el aire social triunfal del play boy, a partir de tus cincuenta años, hace ya cuarenta años, cuando a la Facultad de Derecho le decían “Club con facultad y todo”. Pudiste ser político o diplomático en la década del cuarenta, pero preferiste fumar y refumar tu complejo de inferioridad de ser burgués venido a menos, triunfando como burócrata del Derecho Procesal Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, y que gracias a tu despreciado Perón, te permitió acceder al harén de una cátedra de Abogacía. Y qué inteligente fue tu sentido común de saber esperar el momento de volver a ser como el burgués viñatero que fue tu padre, mi abuelo.

Te enredaste en la defensa de los intereses farmacéuticos, que vos no dudas en llamar “piratas”, y se te llenaron los bolsillos y llenaste de semen a muchas jovencitas que buscaban y buscan la felicidad de conocer el sexo de un sesentón o más viejo aún toro de buena raza.

“Conocimiento carnal” es el título de una gran película de principios de la década del 70. Y tu resurrección de burócrata a play boy porteño la hiciste gracias al sistemático conocimiento carnal de infinidad de mujeres que te dieron lo mejor, y con el tiempo ese conocimiento fue como el del buitre al reconocer la carne empobrecida de la vejez, alimentada con el exceso de agua

y grasa de los cuerpos femeninos, tan curvos y apetitosos, que caen como leonas moribundas a la orden del prestigio del dinero y el macho toro viejo, buitre y vampiro. Pero no en el vampirismo romántico de buscar amor de veinte años en el corazón de un buitre de ochenta, sino como sexo paternal incestuoso y divertido, jugo de vida, cocktail negroni con metrorragias de placer, al hallar al macho que sólo da experiencia, y amor de buitre a la leonil joven, sedienta de la explicación sexual de por qué el hombre es la autoridad y el dinero hasta el día de hoy. Hombre de tu tiempo entendiste que el buitre es el animal más perfecto de este zoológico de presumidos que apagan la vida como vela de un solo día.

Discrepo contigo en que los intereses de los laboratorios farmacéuticos sean intereses piratas. En realidad, representan la más elaborada doctrina judeo cristiana, para la cual el catolicismo caducó, el principio de “Laissez Faire, laissez passer”, que redistribuye con mano invisible la riqueza y el trabajo de todos, como se da en algunos buenos lugares de Europa (tu admirada y curativa Suiza), Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Japón y los tigres de Asia.

En realidad, así como tus momentos de inseguridad por tamaño y dureza peneana que te hace invocar el juego en fantasía de la homosexualidad del burro esclavo, y que te hace dudar de la legitimidad el parentesco en aras del conocimiento sexual resucitante, asimismo, digo, sos paradójicamente peronista y socialista, casi como un nazi ingenuo ante la fuerza angloparlante, que sospecho es la lengua que más miedo y odio te provoca, lengua que tu hijo de veinticinco años maneja perfectamente.

Es difícil reconocer la genialidad evolutiva del buitre, especie de hiena y tiburón del aire sin dientes. Tu vida demuestra que es un hecho. Un animal extraño debía sobrevivir emblemáticamente en esta enfermiza ciudad que a

personas inteligentes y valiosos como vos recién les permite tener hijos a los sesenta y seis años. Ya ese dato es de gran dolor y no me lo podés ocultar. Estar con una mano en el corazón todos los días para que tu hijo no se quede sin padre y se pierda, como yo, tu sobrino, en las turbulencias del destino huérfano, reconociendo que a pesar de mi presencia un poco plomoza por lo racional detallado y detallista que soy, aun así tengo un grado de inteligencia parecida a la tuya, vivaz, aguda, oportunista y despierta a los pormenores de los cambios de la suerte, y a pesar de mi masoquismo social, tengo buen vivir y ni siquiera tuve que pasar por la horrible experiencia burocrática, signo total del siglo XX.

Vos, por otra parte, sos una de las soluciones más inteligentes y posibles al síndrome de Kafka. No por nada tenés sangre italiana y vascofrancesa que son más rebeldes y más autodependientes.

Del harén de la facultad sacaste a la sultana, tu bella mujer, cuarenta años más joven que vos, y que te dio un heredero.

Es un extraño teorema: 91 años, amantes caras, mujer fiel, hijo bocho de la computación y los análisis de sistemas. Parece la decadencia de una gran familia italiana, pero en realidad es un desafío al destino y un rejuvenecimiento transgeneracional. Con familias como la tuya se puede construir el re-renacimiento. Es el traspaso, mano a mano de dos siglos al nuevo milenio casi en dos generaciones. Vaya, vaya, qué fuerza!

Tus astucias de náufrago en las islas del tiempo cada vez más imposible, pero que continúan, es mejor que el de las histéricas Barbie como Susana Giménez, vampira Circe de la Odisea en que los Ulises triunfales son los viejos como vos. Ulises llega a su isla después de decenas imposibles de años y encuentra a su heredero. Ni más ni menos que lo que has hecho. Qué Zeus te bendiga!

Preferiste sentirte buitre de los laboratorios farmacéuticos que sentir culpa de que a los argentinos pobres no les alcancen los medicamentos y muchos mueran precozmente, de acuerdo a la ciencia. Pero todavía somos una civilización de adolescencia tecnológica y no todos puedan aspirar a vivir setenta años bien. No se puede: vos lo supiste con certeza y a eso llamas piratería.

Buitre play boy nonagenario. Nadie ataca al buitre de majestad fúnebre y longeva. Sos el ángel sin poema. Te decís, junto a Amado Nervo, uno de los pocos poetas que debés conocer, además de nuestro libro nacional, el poema gauchesco “Martín Fierro”, que estás “mano a mano con la vida” como si estuvieras satisfecho, pero no es así.

Jamás hubiera pensado que terminaría amando a un buitre, que es mi única raíz paterna con vida. Padres son los de ahora, como vos.

Los cabriolas sexuales a tu edad me provocan simpatía, cinismo y cierto extrañamiento siniestro.

Sos la más refinada versión de hombre social y seguís siendo útil y activo a tus noventa y un años, aunque ya tengas que renunciar a manejar cupés italianas o japonesas y que para vos la palabra “Geriátrico” sea un anacronismo y una tontería que supiste desafiar y para el que tu cuerpo resistió y ganas plata veinte veces más que tu esposa y cien veces más que tu hijo.

Pero no puedo apartar esta sombra siniestra de rencor que me surge al pensar en vos. Y realmente creo que tuviste una conducta despreciable con las familias y vejeces de tus hermanos, mientras gastabas tu plata en relojitos de oro para damas y en fiestas que hasta te atrajeron a Fernando De la Rúa que fue pinche tuyo. Y también conociste a Perón y quién sabe a cuantas celebridades más de las que fuiste un testigo menor y solapado.

Sé que carecés de la imaginación psicológica científica que yo he sabido cultivar, pero igual te lo digo: no sabés lo difícil que es ser tu sobrino e hijo de tu hermano, el temperamental cirujano. Parece que para ser feliz uno debe superar las imágenes paternas que lo han formado. Es la batalla generacional con el pasado. Yo difícilmente te gane, por lo cual mi vida es envidia y un terremoto ruso en inglés, en que la ambición acicatea ferozmente y no perdona las pequeñas alegrías. A eso se llama Complejo de Edipo grave, y en mi caso con vos, Complejo de Hamlet, básicamente una tragedia. Les suele ocurrir a los descendientes de personajes célebres, en mi caso con vos, un play boy abogado inmortal. No me queda otra que convertirme en jeque petrolero o algo así.

Y después de todo no sos más que mi tío viejo verde. Y por ser tan refinadamente social y burgués, desconocés el sadismo social salvo en el sentimiento de desprecio a la tontería humana generalizada, actitud que vos defendés con tu bolsillo. Y cómo definir ese desprecio sordo y antisolidario? Es el equilibrio resultante de toda tu vida que empezó con los difíciles años de soportar a tus hermanos mayores y toda esa experiencia infantil y adolescente de que el dinero cuida contra la crueldad de la vida, a la que te viste expuesto en la juventud y que te llevó afortunadamente a ser erudito de leyes y sentencias. Por eso, para mi, tu vida es perfecta como un teorema, tiene esa definición rotunda y exacta de un teorema. Sos una excepción notable a la cita: “la rueda de la fortuna empieza a favorecer cuando la guerra trae la prosperidad, que trae la soberbia, que trae de nuevo la guerra”. Parece que la humanidad va a esa excepción por lo cual serías un vanguardista vita. También estoy seguro de que en lo profundo de tu corazón, cuando ves a alguna de tus chicas, sos el adolescente que lleva a la sirvienta en bicicleta por los yuyales de Belgrano “R”.

Probablemente nunca accediste al amour fou, al amor loco, por miedo a perder tu sitio en la sociedad. En perspectiva ese miedo es más sano y más sabio que la pasión de Romeo y Julieta, aunque... yo creo que las víctimas del amour fou son tontos divinos y muy queribles. Yo, alguna vez, casi soy así y el mundo brillaba mejor. Pero, claro, dura poco, menos de un día y vos cumpliste 1080 meses. La duración compensa. En vez de tener orgasmos locos con un chica que te llena de amor, tuviste un orgasmo larguísimo con el siglo veinte y sos el mejor hijo del espíritu de Sarmiento y Roca. No por nada te llamás Julio Argentino. Si de algo sirve la historia de este país es gente como vos, no me cabe duda, por más que me duela un poco reconocerlo. Buitre viejo, hijo de Roca. Vos hiciste la Argentina que todavía nos queda. ¡Qué embromar! Y no sólo se ve por tu vida sino por lo sabía que es la vida de tu hijo, tu fruto por antonomasia, además de tu exhaustivo Tratado de Derecho Procesal.

Y sí, buitre viejo: tu cocktail preferido es el Negroni que es transparentemente purpúreo y alude al color negro, como una tragedia que se pudo evitar. La vida de tus hermanos y de tu padre fueron tragedias y vos zafaste. Y Argentina en el siglo XX fue una larga tragedia mediocre. Entones debe disculparte.

El verdadero héroe es el que escapa a la tragedia. Esto debería ser un lugar común.

En definitiva, todo lo que quiero decir con esta carta es que me hubiera complacido ser tu hijo, ya que tenés una inteligencia aprueba de tragedias, y esta conducta merece mi más humilde y entusiasta reconocimiento.

Con abrazo sin gerontocidio, Fernando De Gregorio.

Querida Mabel:

Conocerte y quererte siempre han sido unas de las grandes satisfacciones de mi vida y de modo me justifican.

Tu belleza danzarina que yo descubrí cuando andábamos por los veinte años y vos estabas en pareja y viviendo con el feliz creador autodidacta y librero Yoel Novoa, que tanta alegría le dio a mi problemática existencia, ha sido uno de los hechos más gratos que recuerde. Tu danza crea pensamientos originales y un dejo de agradable placer que siempre te sirvió para superarte, por lo que cada día llegás a más gente y también te ha llevado por casi todo el mundo, ya que verdaderamente tenés algo que contar con tu maravilloso cuerpo.

En esos primeros años de la década del 80 en que éramos bohemios tontos y un poco suicidas te pude filmar como musa inspiradora, filmaciones que conservo y que oportunamente de daré. Para mí significabas lo posterior a “Apocalypse Now”, la belleza de la unión entre Oriente y Occidente, como efectivamente sos, el premio a superar a “The Wall” y “El tambor” y me tenías obsesionado completamente por la admiración que sentía por tus gestos, tu rostro y la presencia musical de tu cuerpo, pero siempre sin sacarte una voz protagonista y que sé que tenés, una voz difícil de conseguir porque tu vida ha sido difícil y es más difícil aun de contar, a pesar de que creo que pudiste haber tenido mejor suerte en cine, por lo enigmática que sos, casi una esfinge caminando, y ese enigma está cargado de dulzura seductoramente erótica, pero en delicada ausencia y hasta en olvido, sabiendo por lo poco que sé que han tenido una intensa vida afectiva, lo que me permite sospechar que llegarás a ser madre, porque es la continuación y el premio a que hayas sido tan creativa danzando y también excelente persona, esforzadamente enraizada en la cultura de nuestro tiempo.

Desde ya le envío buenos augurios al padre de tus hijos, que obtendrá tus mejores años, los años de la temprana madurez despierta, enmarcada con esa alegría de tu permanente cultivo de lo mejor de Occidente (Borges, entre otros) y lo mejor de Oriente, con esa música de tu poderosa sensualidad, que le puede quitar el aliento a cualquier hombre inteligente que se considere sensible.

Si me va lo bien que espero en las letras, prometo volver a filmar películas de contenido críticamente freudiano, buscando aires platónicos, y también un toque borgeano, en las que puedas dar libertad a tu palabra, la que intuyo que está más experimentada y cuya música me desarma como la de un ángel o una diosa helena.

Ví tu belleza desnuda en “Huesos de pájaro”, que junto a algunos cuadros de Kuitca o a algunos ensayos de Borges es lo más fuerte y delicado que haya notado de nuestra cultura iberoamericana, y me conmovió hasta llevarme a la máquina del tiempo y estar prepotentemente sexuado como a mis dieciséis años en que descubrí el amor carnal en el entorno histórico de clase media de Barrio Norte, y ahí estabas vos, polirracial Eva, hablando con tu cuerpo sin ropas de nuestro tiempo de cartón rápido que nos enrolla y nos come y con cierta ironía y sabia comprensión, generando una extraña protesta onírica que involucraba a todos los espectadores.

Pero en ese año 99 en que traté de ayudarte describiendo tus coreografías para “Katacombe” y buscando un poco amedrentado publicidades y auspicios que dejé en suspenso, me desbarranqué ante la mediocridad y locura de estar como profesional de la Psiquiatría hospitalaria, que es una de las actividades más ingratas que conozca y que me ha obligado a esta nueva etapa de retorno a las letras y a la imagen fílmica, empezando por Yoel, digo, me desbarranqué en una protesta ingenua de pensamiento mágico, la cual por creerme más

miserable en negritud que un ruandés me hizo invocar hasta al Ku Klux Klan, para desteñirme un poco de tanta marginación y soledad condenatoria...

Pensamiento mágico... Quién que crea en el arte visceral no le da un poco de crédito? Me disculpo apesadumbradamente. Fue un momento de transición y ni los psicoanalistas ni los psiquiatras más prestigiosos de Buenos Aires me pudieron dar continente, y si bien ahora estoy bien, sigo estando peligrosamente obeso y fumador. Si no perdí mi escalón en la sociedad es porque tengo amigos influyentes y comprensivos que me han salvado, además de Elizabeth, mi mujer y mi madre y la terapia de casi dos décadas, personas a las que debo enorme gratitud.

Volvamos, por favor, al amor que me engendrás y que yo considero rara avis de agradecimiento a la vida. Cuando te filmé, allá por el 80-81 y también te saqué fotos para un audiovisual llamado Hansel sin Grettel en la terraza de Canal 7 y en Ciudad Universitaria, recuerdo que hicimos muchas tomas en Lomas de San Isidro, en la casona abandonada de Livio Pensavale y terminamos filmando en el Parque Pereyra Iraola, 60 km. más al sur, película que titulé "Refugio de las culpas", y que me gustaría repetir. Yo estaba seguro que debía perseguirte con la cámara porque me resultabas el emblema poético de nuestro tiempo.

Ojalá te hubiera podido llevar a California a filmar algo a lo Edgar Allan Poe con toques de Ingmar Bergman y Woody Allen. Pero "los dioses lo quisieron de otro modo".

Ahora reconozco que no estaba preparado para afrontar el profundamente enfermo mundo del cine. Recién últimamente, ya cubierto y curado de mis propias deficiencias mentales y afectivas, me siento más exacto y más prometedor en lo que a creación verbal y audiovisual se refiere, sin negarme ni

al teatro, para el que estoy escribiendo una obra sobre Edipo, que considero original y posiblemente valiosa.

Si pudiera darle vida a tu voz como si fueras una paciente psicoanalítica, con formación literaria y musical, casada con un juez adinerado que atraviesa un lance de infidelidad latente y masturbación mental, para reflejar las débiles libertades de una señora de clase alta en crisis con su formación y con su propia hija, creo que hará una historia interesante.

Me pregunto por qué sólo Víctor Kino Gonzalez, a quien tanto quiero, nadie te haya visto como el espíritu más emprendedor y bello que se pueda encontrar en una mujer. Yo solamente te puedo comparar con algunas excelentes médicas o economistas.

Ojalá tengas la suerte de Maia Plisetskaia o de Pina Bausch en el mundo de la danza, y que también llegues a pasar al cine serio y comercial, que acá en Argentina es tan malo.

Querido José Estanislao, primo en primer grado.

Nuestra común familia, los Bilinski Gómez, es por lo menos una familia difícil y acomplexada. Ya tenemos instalada la leyenda o maldición de que nuestros bisabuelos gringos desheredaron a nuestro abuelo Estanislao por haberse casado con nuestra fuerte y longeva abuela, Doña Telesfora, la criolla, es decir, la que tiene sangre india en las venas. Esa caída del Edén misionero polaco nos ha transformado en cañes y otros grados de supervivencia que nos aleja de la dichosa clase media, que tu padre y su hermana, mi madre, y en menor medida Rubén, Raquel, Gilda, María y también la benjamina, Lidia, han sabido conseguir.

Y al árbol se lo ve por los frutos. Creo que de ese tronco Bilinski, mi hermana Clara Jorgelina, es la que llegó más alto en la escala social, aunque, claro, sin llevar el apellido, tocándome a mí el incómodo lugar de médico (como mi reconocido padre) con aires de literato y también sin llevar el apellido, y a vos un envidiable puesto de servidor social (que vos erróneamente desprecias, como lo hiciste ante Alexander Margulis, por no ser creativo), el ser crupier de un casino exclusivo, teniendo una vida intelectual muy crítica y experimentada. Y en toda la familia, que es enorme, vos sos el que más mundo ha visto, ya que conoces Medio Oriente, un poco de Europa y el Caribe y no como turista.

A mi me impresiona el dato de que viviendo en uno de los lugares más difíciles para moverse cotidianamente en el Gran Buenos Aires, sobre la ruta 8, hayas llegado a tercer o cuarto año de Psicología en la Universidad privada Kennedy, trabajando de conserje o cadete o botones de hotel, hasta que una cadena de casinos y hoteles austríaca te permitió vivir en Israel para trabajar en el casino de Jericó. Y ese trabajo te dio la distancia para apreciar mejor el valor de Argentina. Y si me perdonas, creo que la frialdad resultante de ser

universitario y trabajar en un hotel tradicional famoso y luego en Israel, te atrajo el nombre de “gato”, animal astuto e independiente que regala su presencia sólo cuando se siente halagado, o al menos, protegido.

Yo, como buen freudiano crónico estoy en contra del uso de sobrenombres, ni siquiera en el caso de que sean cariñosos, porque como afirma el psicoanálisis “en el nombre está el destino”. Entonces, y ya me viste, no esperes que te llame “gato”. Fuiste “Pepito” hasta la adolescencia y ahora que sos hombre y hombre de mundo sos José, o a la esclava, José Estanislao.

Yo te llamé telefónicamente varias veces a Israel porque me sentía orgulloso y un poco envidioso de que estuvieras allí, en la cuna de las religiones de Occidente, y sabiendo como sabés lo compleja y apasionada que es mi relación con muchos judíos argentinos, empezando por mi padrastro, el ingeniero marxista nacido en Polonia.

Y ahora que estás en Argentina, viviendo literalmente sobre tus padres en ese hermoso primer piso que construiste, también te llamo y vos respondés con interés, a veces un poco distante, creo yo, porque te debe generar espíritu de competencia al haberme independizado un poco mejor que vos, aunque con dos internaciones psiquiátricas agudas, y recién a los cuarenta y un años cumplidos resolviendo mi paternidad y mi conflictiva relación entre la Psiquiatría, el Psicoanálisis y el arte, lo que ha dado que hablar a medio Buenos Aires porque he sabido generar cierto interés cultural y soy muy consciente de que lo busqué así, con un garrote en la oscuridad volteando próceres de derecha y sobre todo de izquierda.

Y esta navidad estando solamente reunido con vos y tus padres me siento agradecido de que me hayan recibido con los brazos abiertos, lo que me dio pie para invitarte a Notorius CD bar y la futurista librería El Ateneo, y luego, al envidiable fin de semana en los campos de Igarzábal en San Pedro,

reuniones que crean el nerviosismo sano e inteligente de nuestra infancia al hablar con brillo y alegría, y me llenaste de anécdotas vitales de Israel y Egipto y estoy muy agradecido.

Hasta ahora a mí me tocó la necesidad de escuchar. Te habrás dado cuenta de que el título de médico implica más que ojo clínico, oído clínico y en eso soy bueno... Yo veo muy bien y muy posible que cultivemos esta amistad de cuarta y quinta décadas... Quiero ser instrumento de tu desarrollo literario. No desperdicies mi sabia cosecha que me dará y me da profundas satisfacciones.

Una noche, sentados en un tronco de eucalipto en San Pedro, te dije que me sentía orgulloso de mi terapia psicoanalítica de casi veinte años con la misma terapeuta más que del hecho de que sea médico. En realidad quise decir que ser médico fue una instrumentación fantástica y científica para seguir en mi arduo tratamiento, y también estoy orgulloso, porque de otro modo difícilmente tendría mujer pediatra por pareja de trece años.

Y haciendo memoria de nuestras reuniones este verano pasado en tu casa y en San Pedro puedo decirte del orgullo y placer que me da que tengas tan refinado oído musical, destacándose entre tus preferidos a J. s. Bach, Henry Purcell y Georg Haendel.

Te repito y lo sabés: al árbol se lo juzga por los frutos. Y vos tenés sobre la espalda la carga de ser el mayor con el apellido polaco ruso. Para mí es una obligación ayudarte. Creo que en eso tenés que estar de acuerdo. Y esa ayuda tiene que ser útil (valga la redundancia) y desprejuiciada. Por ejemplo: no es casual ni poco estudiado que te haya alcanzado poesía en inglés de Shakespeare y el siglo XVII, y “El Cuervo” de Poe con su famoso ensayo “Filosofía de la composición” y estoy seguro de que si te lo proponés podrías ser un valioso colaborador de Ayesha, la revista de Alexander Margulis que ya

tiene el reconocimiento del Diario de Poesía, Página 12, Clarín y el suplemento cultural del diario La Nación.

Te quiero dar una reflexión indiscreta y para mí muy necesaria: si fueras menos eléctrico y gatuno tendrías más éxito con las mujeres. Creo que en definitiva es falta de psicoanálisis, aunque quieras tanto a Freud y lo respetes leyéndolo de vez en cuando. Freud es uno de los padres de la Psicología y el siglo XXI será, estoy seguro, el siglo de su apogeo. Es que la represión como mecanismo básico de la mente y específicamente la represión sexual como origen de la neurosis y por qué no también concomitancia de la psicosis es algo que ya ha sido asimilado por Occidente faltando, tal vez, remarcar el lugar privilegiado que tiene el parricidio simbólico como superación en lo cotidiano y lo social. Además de que la vida se mueve por la estructura del sueño, no sólo el fisiológico, sino también por la expresión consciente de deseos que asimismo llamamos sueño y que fuera el origen del doloroso y genial autoanálisis de Freud.

Me queda por contarte en qué estado anda mi enfermiza y problemática relación fraterna con mi hermana. Simplemente para ella soy un monstruo de inteligencia y perversión que murió en los recovecos podridos del gobierno de Alfonsín. No puede respetarme porque parte de su esquema de superación está en superarme por lo cruel que he sido con ella en la infancia y la adolescencia. No la culpo. Y sé que nos reconciliaremos y no falta mucho. Una de las razones inconscientes, de las razones que la razón no entiende, es que mis internaciones psiquiátricas fueron una expiación a lo “Crimen y castigo”... y yo también tengo esa extraña sangre mezcla de rubiedad, mongoles y turcos...

Espero verte no bien llegues del trabajo en Las Leñas, un abrazo, Fernando.

Querido Yaki:

En este libro que trato de hacer original y útil con cartas a las personas que más se incrustaron en mi cerebro, que ya es inmemorial de tanta ida y vuelta que le he dado de imágenes, descripciones y razonamientos, estimo que te podría dirigir una a vos.

No puedo hacerla más larga o más compleja porque no tengo presente los pormenores de nuestra amistad, que arranca en 1980, en el cine-club Proyección.

Lo que sé, es que siendo un colimba crecido en Caballito, el barrio que ahora habito, ya tenías una impresionante capacidad de apreciar el surrealismo francés el expresionismo alemán y el rock argentino, a la vez que manejabas el prurito sexual con el mayor donaire que conociera en esa época (nosotros fantaseábamos con levantar minas en el colectivo, vos lo hacías), y estabas cerca de la vertiente sexual literaria que tan sagazmente iluminara Georges Bataille, adalid tuyo por aquellos años.

Que nos reencontráramos en el Instituto fue muy auspicioso para mí, por lo difícil que fue entrar y luego estar en ese reformatorio anticinematográfico de oficinistas, ordenanzas y militares kafkianos.

El local de tus abuelos, de venta de ropa femenina en el que vivías por ser el primogénito de tu familia te debe haber dado cierta sabiduría sobre el mundo aparential de la mujer, más superficial, y al mismo tiempo, más profundo que el del hombre. Y recuerdo que solías tener un pequeño ingreso como canillita o repartidor de diarios en Avenida Corrientes y Canning, hoy Scalabrini Ortiz, los domingos a la mañana, lo suficiente para comprar libros en Parque Rivadavia y las librerías de la bohemia Avenida Corrientes. Estoy seguro de que serías el único canillita judío de Buenos Aires.

También te ayudé a buscar actor y lugar para un cortometraje tuyo en blanco y negro: Otto Klix fue el protagonista, y el lugar, la residencia transformada en conventillo abandonado del Virrey Liniers, en la calle Liniers de Almagro. Luego, para las tomas de las manos alzadas en dos filas enfrentadas, como en una manteada, fuimos a Burzaco, en un descampado para el que nos ayudó un poeta muy querido por mí, Roberto Cignoni.

Todo esto pasaba en el contexto del cine-club Proyección, de Alberto Farina, del que la figura más querible era el rubio gordo barbado socialista, Franco Frascino, que con vos se mataban para conseguir los largometrajes de la cinemateca de la embajada francesa y del Instituto Goethe, actitud que se plasmaría en un conocimiento serio del cine europeo, junto a las funciones casi gratuitas de la Cinemateca Argentina, en el teatro de la Sociedad Hebraica. La toma de los brazos enfrentados en manteada para una víctima yo la repetí en el Instituto Nacional de cinematografía con todos nuestros compañeros, vos incluido, en la primera toma que hicimos en 16 mm. Te la debo y te la adjudico, si es que no se ha perdido, porque salió buena. Creo que para ese entonces fuiste muy amigo de nuestro compañero Luis Polo, el médico mapuche, que a su vez se refugiaba en el cine-club, y también de Instituto de cine data tu gran amistad con Juan Carlos Vera (las inconciencias conscientes de la vida son extrañas: Vera sería el nombre de pila de tu esposa y madre de tus hijos y también el de una de las calles que sitúan tu colegio, por lo que a pesar de haberte vuelto un educador secundario y terciario de Literatura y Comunicación, seguís inextricablemente unido al cine, como me pasa a mí, pero por otros motivos y otros en común también). Entre las inconciencias conscientes de la vida está que yo siempre haya sentido gran amistad por vos, basado en el conocimiento mutuo y respeto de

nuestras respectivas formaciones, pero también en que toda mi vida nombré Jackie a mi hermana, homofonía de tu abreviatura de Jacobo.

El sonido me es tan familiar, que encontrarlo en otro, como sos vos, siempre ha sido un desafío a la identidad poética de las cosas y los nombres.

Y de entre la zoología fantástica que van tejiendo los años, creo que ambos dos, vos y yo hemos pasado de ser gatos a perros del orden social porteño, o al menos leones o pumas cansados de roer las migajas del sistema, a pesar de la aguda inteligencia que nos caracteriza.

Por supuesto, yo, ante vos, me saco el sombrero, porque a pesar de tu plenitud bohemia has sabido traer hijos al mundo, ya pesar de tu barba decimonónica, sos un educador del que me gustaría mucho oír clases y dirigís un colegio secundario, lo que parece una broma, pero no lo es.

No quiero indagar en temas muy privados y delicados, pero creo compartir tu fascinación por las fotografías altamente eróticas del genial escritor Lewis Carroll de niñas prepúberes y que son la contracara de “El Libro de Monelle”, libro del que tenías ejemplares que regalabas y “La cruzada de los niños” de Marcel Schawb, que reflejan con poesía profundísima, el dolor de la infancia, especialmente de los niños pobres. Por eso el año pasado te regalé “Cuento de Navidad” (Christmas caroll) de Dickens.

Y para mí que te trataba de cerca en aquella época, tu hermana Ana, que ha llegado a psicóloga, también tenía ese encanto de la belleza lacia y curiosa digna de “Alice in Worderland”.

Y en la última charla que tuvimos en tu despacho del colegio Paidea me gustó que volvieras a abrirles el corazón a tus prolíficos hermanos, judíos ortodoxos. Y me dolió, sin siquiera conocer esquemáticamente cómo fue la relación con tu padre, el arquitecto divorciado, al que trataste de cobarde.

Yo, como vos, soy porteño viejo, y creo que ese adjetivo poderoso y denigrante no hace más que acentuar lo que es la realidad de ser minoría en un país católico hasta la manija. Nada más fácil y más difícil paradójicamente, que perseguir castradoramente a un judío, porque en esta cultura católica porteña el judío es el espejo casi despreciado y roto en que tiramos nuestras impotencias. Te remito al “Mercader de Venecia”, genialidad de la cultura occidental en la que pervive el modelo de abrazar la fe del Hijo de Dios en vez de la del pueblo del Hijo de Dios, problema central que recién se empezó a tolerar en la época de Moisés Mendelsohn, y a entender en la época de Freud y Max Weber, coincidente con la furia infantil nazi. En definitiva lo que trato de decir es que hay que cuidar al padre porque (y yo lo sé muy bien) padre hay uno sólo, y casi te diría que con más certeza que la propia madre.

Hasta aquí esta carta,

Un abrazo,

Fernando.

Querido Raúl:

Sé que al escribirte no solo me dirijo a un hombre excelente, sencillo y lacónicamente crítico, sino también a un dotado filmador y reconocido artista plástico, en fin, a una persona muy especial y muy valiosa a la que agregaría el adjetivo de quijotesco, que vaya a saber por qué encontrarás despectivo.

Te comenté al pasar y sinceramente que tu película me había encantado y fascinado desde que Marisita, la protagonista, le declara a su novio que está embarazada, dando a entender que no quiere repetir la historia de la madre y que está hartó contrariada. Desde ahí me sorprendió todo: la cámara, las actuaciones, el sonido, la música, el ambiente en interiores y sobretodo en exteriores.

Ahora que lo analizo más en frío creo que el encanto y la fascinación se deben a que por primera vez en cine veo el gravísimo problema del embarazo, seguido de aborto provocado y que al estar hecho por vos refleja gran honestidad y originalidad lo que me parecen que son las verdaderas virtudes que deben destacar a un artista, a un creador. Además te confieso que el tema me importa muchísimo porque es la mancha más horrible de mi adolescencia.

Pero también debo confesar que antes de esa escena, que es prácticamente el principio del desenlace, la película me había preocupado, me irritó un poco, y creo que se debe a que conozco tu forma de filmar, espontánea para lograr espontaneidad, y de argumento pesimista, más aún, constantemente trágico, con algunos diálogos que permiten la sonrisa complaciente al reconocer el testimonio costumbrista, un poco ácido, tragicómico.

Lo que realmente me preocupa e irrita es que esa misma espontaneidad me resulta un tanto histérica y acelerada, excesivamente testimonial y algo previsible, lo que digo honestamente para que juzgues qué grado de razón me

acompaña y si te hace bien esta reflexión, porque no quiero herirte al estar convencido del valor intrínseco de tu actitud creadora, sin miramientos al infierno estereotipado del séptimo arte y que también se refleja en tu quehacer plástico.

En principio planteo así el problema: creo que sos prisionero de tus mismas virtudes, de tu propio esquema y lema de sencillez y palabras ajustadas, lo que me hace desear que cuestiones un poco, no mucho, solo un poco, para no caer en exceso de pasión trágica y sentimiento compasivo. Me equivoco?

Me imagino lo difícil que debe ser tener tu apellido (Perrone), que alude a un gran cánido y también a Perón y más sobrellevándolo en una infancia humilde en el Gran Buenos Aires Oeste, que casi siempre es el escenario de tus películas. El apellido es una de las cargas más grandes que exige la sociedad, y en la vida pública muchos lo sienten insoportable y lo cambian por otro más eufónico. Pero vos pudiste con el nombre de tu padre y se lo diste a un hijo, a tu vez, y encima te rodea cierto hálito de reconocimiento público, especialmente de gente joven de clase media, gran inversión en cultura que todavía puede crecer mucho, y seguro que conseguirás, porque tenés la doble virtud de ser empecinado como un italiano “lavoratore” y de ser permeable y respetuoso a los comentarios y sugerencias bien intencionadas, rara combinación, llevada a quintaesencia y que debería ser la verdadera característica de los de arriba con su mezcla de falsa diplomacia y bruta política, a mi escaso entender.

En esta película le das gran nota a los perros, lo que de algún modo es una firma. Pero queda en tautología, salvo en la escena final en que Iván Noble está en el auto, rodeado de perros y perdido como si no pudiese ser dueño ni del auto ni de si mismo. Es como si toda la película dijera: “si

embarazás a una chica pobre hija de madre soltera y como ella frustrada en todo, lo más probable es que te conviertas en un aborto de vos mismo y en un perro callejero y malo, un carroñero de quemas y basurales, un perro de la quema en vez de ‘caballero de la quema’ como pretende el nombre del conjunto de rock de Iván Noble, músico protagonista actoral”.

Es muy importante y original conclusión, hecha con experta madurez creativa. Y te adelanto que jamás vi una actuación tan patética y dolorosa como la de la protagonista, Marisa, al enfurecerse con el embarazo y que lleva al caos de identidad del novio.

Pero necesito ser sincero y te comento las escenas que no me convencieron. Vos dirás que son tal cual en la realidad, pero como espectador entrenado no me convencen. Son tres escenas. En la primera me parecen acelerada e histéricas las actuaciones en el departamento con los cinco kilos de cocaína. Además de que me pareció que le diste más tiempo del necesario. Y la segunda escena en cuestión, la que generó más polémica entre vos y yo, es la del capomaffia viendo el partido de paleta de viejos de buen pasar en la cancha cubierta del club de barrio. A mí no me pareció verosímil. No digo que no sea sí, pero creo que debería estar filmada de manera más convincente. La imagen del capomaffia detrás de la barra enrejada es original, pero a mi gusto no plantea bien lo que querés. Es como si no tuviera la autoridad que parece tener, gritándole sórdidamente a los viejos y maltratando a los jóvenes que vienen a pedirle su dinero malhabido. Creo que le falta un poco más de narración, no así, tan de golpe.

La tercera escena en al casa con la indigestión de los fideos, es la reacción de la madre de Marisa, que sin duda es buena actriz, me resulta perdida en improvisaciones apuradas y poco acotadas. No basta con el enojo de tener que vivir en su propia casa con el novio de su hija. A esa relación

entre los tres: madre, hija, novio, creo que le falta nexo narrativo, es decir, una acción dentro de la acción, un motivo que no acelere en el aire tanta furia verbal hasta que la protagonista nota y declara su preñez.

La escena del juego de chinchón de la madre con sus amigas, mientras la pareja se revuelca orgásmicamente en el cuartito, convencería por su realismo y espontaneidad, aunque a mí me provoca desconfianza al no ser actores profesionales y notarse, y, a mi gusto, con deficiencia de sonido, sabiendo todo lo que aún así te costó. Es mi opinión. A esa escena creo lo que dicen los ingleses cuando una obra no está mejor pensada, que le falta “plot”: motivo, argumento, complejidad.

Las escenas del parque de diversiones y de Marisa yendo a la casa de su pobre amiga, madre de tres hijos pequeños, no me resultaron indiferentes y creo que completan la historia, pero en esas imágenes ya tenía en la cabeza que una de las posibilidades era que la madre de Marisa huyera, lo que así fue en efecto, al improvisar unas vacaciones miserables en la costa. Me hubiera gustado no predecirlo. Esa amiga, joven madre de tres niños, tan desesperada por las exigencias inagotables y desgastantes de la casa y en pobreza, me convenció, pero me parece más un apéndice documental que una necesidad de la propia historia, aunque, te repito, parecen completarla.

Un actor que me pareció muy versátil y lleno de originalidad fue el del tatuador. Me llegó y sorprendió. Mientras que la escena de la espera del amigo de Iván Noble, mironeando a la novia del celoso, me pareció original pero un poco forzada, salvo cuando llegan a las manos, en que la cámara se mueve perfectamente.

Otro sello de la película es la presencia de imágenes religiosas, de modo kitsch, como dirían los estructuralistas, o de gente sin ninguna formación en lo decorativo. Ojalá le hubieras dado otra vuelta de tuerca a este subtema, que

sólo haces circunstancial, cuando podría haber sido una obsesión de la madre o de sus amistades.

En fin, y aunque por lo anteriormente dicho no parezca, como espectador entrenado y comprometido con tu forma de filmar, creo que esta película, “Peluca y Marisita”, es la mejor porque en su complejidad sabe llegar alma y no se queda en el mundo narcisista y presumido de estos jóvenes cuasi adolescentes y te metés en el mundo de los padres y sus miserias, y tocás el tema más duro de todos en la relación padres-hijos , el aborto, implicando la tragedia que realmente es.

Y verte en el escenario hablando con el público demuestra lo centrado y reflexivo que estás, mostrándose también cierto aura de sano orgullo compatible con la realidad, como triunfo en esta cultura de nuestra época, época que necesita más sinceridad que erudición, erudición que suele formar pseudoeruditos pedantes, problema del que me parecés inmune.

Cuando decis que sos auténtico, como tu virtud señora, yo acotaría que tu esfuerzo permanente por desafiar la mediocridad carísima de nuestro cine argentino, lo Palmas en historias que conocés profundamente, sin caer en la franela narcisista de la mayoría de los realizadores, tomando como emblema de nuestro tiempo a directores extranjeros muy originales y sabios como Wim Wenders o Jarmusch, preocupándote al mismo tiempo una de las expresiones más jugadas y constante de nuestra Buenos Aires internacional, el rock, que es un arte que se mete con nuestros problemas e ilusiones, comparable, tal vez, con el arte de muy pocos novelistas, cuentistas, poetas, o algunos contados artistas plásticos.

Creo que algo que te falta reflejar, conociendo más, con los problemas de la clase media alta y alta, peor no como sociólogo, sino relacionados a las historias de marginación que soles contar.

Hasta aquí mis reflexiones. Sé que no tengo crédito de crítico de arte y que recién ahora desde la época de la película tuya en que participé, además de la otra que escribí para vos (“Taxi Verde”) estoy volviendo al training de filmador, modestamente y con muy pocos contactos, pero creo que tengo mucha historia de cine conmigo, fundamentalmente como espectador de clásicos y con amistades muy jugadas en el cine como Kino Víctor Gonzalez y Anita Poliak, o vos mismo, además de que más del cincuenta por ciento de mi personalidad respira arte, especialmente literatura.

Y te acerco esta carta, porque sé que sabés como me cuesta terminar mis cosas, mis propósitos. Cuando protagonicé uno de tus primeros largometrajes “Ilusiones Perdidas”, allá por febrero del 90, para el que me rompí, porque entre otras ocupaciones, la carrera de medicina se me hacía insufrible, hasta vos dudabas de que llegara a médico. Ahora mis metas son mudarme para tener un buen lugar en el que mi mujer esté cómoda para engendrar familia, y seguir con la literatura y el cine. Me gustaría estar nuevamente próximo a tus trabajos, como guionista o dialoguista, o como quieras, y que a tu vez me ayudes en mis historias filmables, algunas filmadas sin precisión de montaje y sonido.

Me gustaría que esta carta mostrara lo feliz y creativa que es nuestra amistad, llevándola hasta el grado de carta literaria, incluible en el libro que estoy haciendo, en que escribo a las personas que más han influido en mi vida, aunque estén muertas.

Por eso te pido calma si algo de lo aquí enunciado te molesta o te parece erróneo, ya que sólo es el punto de vista de un amigo exigente.

Sé que a pesar de que pisás los cincuenta años, tenés gran futuro y que llegará a los 35mm profesionales y comerciales. Espero que esta carta ayude y aumente nuestro diálogo,

Un abrazo, Fernando De Gregorio.

Querido Juan:

Juan C.V. Ceve o severo, no tanto en la amistad aunque si con vos mismo lo que te conduce a una buena terapia psicoanalítica, punto en el que coincidimos como método de superación personal en este borde de acantilado que es Argentina empujando a los más débiles al vacío de las rocas y las olas allá abajo. También sos Juan Ver, el que ve verdaderamente.

Nunca dejaré de agradecerte el hermoso gesto que tuviste para conmigo al regalarme “Tres rosas amarillas para Chejov” de Raymond Carver, el padre del minimalismo en edición de Anagrama. Barcelona, década del 90, luego de que viésemos a esos trovadores españoles que interpretaban a Allen Ginsberg, Ferlinghetti y Corso, entre otros de la Beat Generation.

Te pido que tomes como epígrafe de esta carta y crítica a tus cuentos el verso shakespeareano de Richard III[

I know so. But, gentle Lady Anne.

To leave this keen encounter of our wits”...

Dejemos el ingenio personal de lado para ver el carozo de virtudes de lo que escribís con pretensión lograda de literatura aun inédita, con las faltas del escritor novel que purifica lentamente el estilo con la violencia de la vida en Argentina, que obliga a circunloquios y eufemismos y pocas veces a la síntesis apretada de la verdad y la busca de la verdad... Verdad...En las tres primeras letras de “Verdad” también está tu apellido, lo que te obliga a ser genuino, lo que ya sos. Hombre bastante completo y hombre de su tiempo: Juan vera.

Cómo acercarme a tus escritos siendo útil?

Algunos nombres que patrocinan tu estilo. Siglo XX: Hemingway, F.S. Fitzgerald, A. Camus, Henry Miller, algún sobrio italiano, Kafka, Gunther Grass, literature anterior al franquismo: Machado, Lorca. Y argentinos: herencia arltiana y juegos de Cortázar y Borges: los tres son la mayor aventura

literaria posterior al Facundo y el Martín Fierro, Arlt y Cortázar (y no nos olvidemos de Lugones y Güiraldes) viven en el cansino y sintético español porteño de todos los días.

Pero no nos quedemos en el localismo circunstancial.

Pensemos lo que pensó un gran historiador de la literatura, C.M. Bowra, en “Historia de la literatura griega”, traducido por el gran escritor mejicano, muerto hace décadas y amigo de Borges, Alfonso Reyes.

“El estudioso de las literaturas modernas que se acerca a Grecia queda sorprendido de la misma facilidad que logra acomodarse en su ambiente. A diferencia de lo que acontece con el Antiguo Oriente, qué encontramos escritos hechos por hombres de nuestra clase.

Sus excelencias no son fundamentalmente distintas de las que caracterizan a un Dante o a un Shakespeare. Aquellos escritores parecen haber tenido un sentimiento de la lengua y de sus empleos que todavía, en lo general, es el nuestro. La poesía griega opera sus efectos mediante el ritmo sostenido de las palabras, palabras escogidas por su fuerza imaginativa, y la prosa griega, mediante la facultad persuasiva y la claridad esenciales a la verdadera elocuencia. Pero, conforme se adelanta el estudio, las peculiaridades comienzan a revelárenos, y al fin las letras griegas ocupan un sitio que les es propio, como en lo suyo, las letras inglesas o italianas o francesas. El pueblo y su habla dejan sentir gradualmente ciertas cualidades constantes manifestadas a lo largo de su historia y como logremos aislarlas, habremos alcanzado alguna noción sobre los rasgos específicos de la literatura griega.

Comparada con la mayoría de las modernas literaturas, la griega asombra por su sencillez y falta de adornos, pero no hay nada de común entre esta sencillez y el candor pueril del folklore, o la simplificación consciente a que llega el super-civilizado. Esta condición resulta de omitir cuanto no parece

esencial y de insistir en cuanto parece importante para la emoción o la estructura de la obra. Así se aprecia en el trazo derecho que es el arte de la épica, en la escala reducida de la tragedia, en el dibujo continuo de la narración histórica.

Al modo como el paisaje griego posee una belleza natural de contorno y proporciones, o como la escultura griega las variedades de la medieval o de la oriental para contentarse con los efectos restringidos e indispensables, también la literatura griega se distingue por la omisión de todo aquello que no es esencial en el plan del conjunto, y se funda en el vigor y buena distribución de las partes. Los griegos poseían un tacto instintivo y seguro para escoger lo significativo y prescindir de lo ocioso. No es que lo hayan hecho siempre de modo consciente o deliberado. Era una actividad espontánea de aquel pueblo cuyo genio le permitía descubrir el pulso infalible de la belleza y dispensarse de preliminares y elaboraciones enojosas.

A este sentido artístico natural viene a sumarse en los mejores escritores de Grecia la gran seriedad y energía intelectuales. Todo lo veían con ojos nítidos, libres a un tiempo de saciedad y prejuicio, y así acertaban a aplicar toda su capacidad mental al logro de su arte. No escribían sobre cosa alguna sin someterla antes al tamiz de la propia crítica. En particular huían del sentimentalismo y del ornamento redundante o puramente decorativo. Parecen haber comprendido que la poesía debe alimentarse en la común experiencia y es patrimonio que todos los hombres comparten. Por eso procuraban cimentarla en las emociones primarias, dejando de lado los rincones penumbrosos y las fluideces escurridizas de la “sensiblería”. No escribían para las minorías o capillas de exquisitos, para los “cliques”, sino para la humanidad, y sabían discernir entre lo pasajero y lo permanente.

Para completar estas poderosas reflexiones concluyo las citas con lo que escribe el historiador Manuel Bendala Galán en “Introducción al arte español, la antigüedad, de la prehistoria a los visigodos” (1.990, Universidad Autónoma de Madrid).

“El arte es siempre una necesidad subjetiva, de quien lo crea y, según determinados y cambiantes imperativos, una necesidad objetiva o extraindividual, en muchos casos imposible de determinar, tan inaprensible como los impulsos subjetivos que lo originan. En las creaciones propias de la humanidad prehistórica ya entramos y con fuerza, en esta doble dimensión del fenómeno artístico. Se reconoce en ellas, por una partes, esa complacencia del hombre de rodearse de estimulaciones placenteras —a la vista, al oído, al tacto— que modifican el entorno para hacerlo más acogedor o más humano. Y, al mismo tiempo, se barruntan necesidades objetivas, reales o supuestas, derivadas de la posición del hombre ante el medio social y ambiental en que vive. Con mejor o peor fortuna, la investigación moderna tarta de encontrar las claves de los impulsos íntimos y, también, de los imperativos externos que en cada momento y lugar condicionan la elección y conformación del fenómeno artístico.

Multitud de datos permiten aproximarse a los que incidieron en, por ejemplo, Miguel Ángel, otra cosa es descifrar las exigencias que rodearon el arte prehistórico o a tantos otros artes anónimos, de contexto histórico y cultural oscuro o dudoso.

Hay algo que parece seguro. El arte moderno es, en su mayor parte, fruto de una libertad libérrima del creador ante su medio. La generalidad de los artistas actuales proclama que su única preocupación es la autosatisfacción, hacer lo que les place sin mediación alguna. Esto, aunque no sea tan cierto como los propios artistas creen, es una situación que separa, casi

abismalmente, el arte actual del primer arte conocido, y ello pese a que el resultado formal presente similitudes o sea resultado de un acercamiento deliberado a sus rasgos externos. El arte prehistórico, según se cree al cabo de casi un siglo de tenaces investigaciones, es, en sus manifestaciones principales, una expresión cargada de religiosidad, de simbolismo, tal vez de magia, y nace no para el gozo estético o por puro afán creativo, sino como consecuencia de determinadas prácticas rituales, único recurso al que se podía acudir para intervenir el hombre en el medio en que vivía. El primer arte, y las creencias que le dieron sentido y forma, fueron, en resumidas cuentas, el vehículo al que se subió la humanidad para escapar de su propia impotencia.

Perdoná, Juan, tan largas citas, pero las creí indispensables para el rigor que pretendo lograr al ver tus escritos, tus audaces, límpidos, buenos y frescos escritos. Somos contemporáneos, amigos y de la misma edad lo que traba la pretensión de objetividad, pero igualmente podemos acercarnos críticamente al fenómeno de la escritura cuya ventaja mía sobre la tuya es haber publicado un poco y recibir respuestas numerosas, y por otro lado, por tener cierta ventaja en lectura de clásicos, lo que también es una desventaja porque me alejo conscientemente de los contemporáneos, conociendo muy poco del mercado literario mundial actual... Pero no me quejo...

Y vos te perfilaste en la practicidad y plasticidad creativa de producir y escribir para cine, lo que favorece esa visión sintética que tenés de tu escritura. Eso creo.

Los seis relatos que me diste son sobre seres bastante marginales y “malditos”, casi kafkianos de Terry Gillian o de Tarantino o de Buñuel, característica de nuestra época de materialismo salvaje y de enorme peso frente a los placeres de la cultura heredada y de difícil adquisición, aún en los mejores colegios y universidades, especialmente en Buenos Aires donde se ve

privilegiada más la fidelidad fotográfica del saber al desarrollo del espíritu crítico y creador.

De primera intención me aproximo a tus relatos breves como a sueños... Sueños, “elaboración onírica” diría Freud, en donde pones en palabras las imágenes simbólicas que te concilian con vos mismo, poniendo en vigencia frente al caos del mundo hostil , la represión ordenadora que nos hace efectivos para sobrevivir, la represión necesaria de la neurosis para no caer en al pesadilla de la realidad psicótica, esquizofrénica, que nos paraliza en actos suicidas y antisociales peligrosos. Si hay pesadilla, como son casi todos tus seis relatos que me diste , es que hay buena represión, sana represión, equilibrio frente al mundo hostil que devora la frágil individualidad humana.

La estrella de tus relatos es el “transgresor”, el maldito, el antihéroe, el oportunista, el diablo, al hiena, el jabalí sin nobleza de conducta ni de historia personal... marginados que no saben salir de la podredumbre, pero que quieren vivir a como se pueda El Caín, el malo tiene tradición en el arte. Es Cierce, es el Cíclope, es el infierno dantesco, es Richard III:

Richard Gloucester:

“Why, I, in this weak piping time of peace,  
have no delight to pass away the time,  
unless to spy my shadow in the sun,  
and descant on my own deformity:  
And therefore, since I cannot prove a lover  
to entertain these fair well-spoken days  
I am determines to prove a villain,  
and hate the idle pleasures od these days.”

Es también Mac Beth y Lady Mac Beth, es Martín Fierro huyendo del fortín. Es la tragedia de hacer “el mal” porque “el bien” es imposible de

conseguir, la tragedia que devora la artificiosidad humana en naturaleza asesina, “Natural Born Killers”, como tu avizorado y autodestructivo y genial Oliver Stone, medio judío, medio francés, muy americano que aún dará mucho que hablar antes de la sobredosis mortal.

Más allá de este presentar pesadillas y sueños, está el arte adquirido con que escribís, y ya casi propio, ya casi publicable con un poco de mejor encaje del conjunto y de las partes y de algunos detalles gramaticales que no hacen a la cuestión. Tus escritos son prometedores de buen arte que reflejan a un insobornable observador del mundo y sobre todo de Buenos Aires, Babel que el egoísmo porteño casi ha llevado a la hecatombe social, siendo vos un fiel reflejo de lo que nos pasa en esta época de tanta maldad, estupidez e incertidumbre infantiles de un pueblo, de un país que produjo cinco premios Nobel: dos de la paz, dos de medicina y uno de bioquímica. ¡Qué quilombo!

Personalmente hablaremos, por favor, de tus seis relatos: “Karaoké”, “Nadie merece pensar en algo sucio”, “Mañana”, “Primera vez”, y “Mi noche con Laura”.

Perdón por el psicoanálisis aplicado y si hay algo de pedantería en mi exposición gozosa de tus escritos en los que me reencuentro y consigo un amigo.

Y por último te alcanzo una cita que tiene mucha poesía y mucha verdad y que refleja un poco mi pretensión de cosmovisión histórica de la literatura, para ser más objetivo cuando te vea personalmente con los cuentos en la mano.

“Dos hechos ha indicado De Quincey que ilustran la mística grandeza de Roma, aún antes de que ésta fuera la capital de la fe cristiana. Uno es que Roma tenía un nombre secreto que era una impiedad revelar como sucede con

el secreto nombre de Dios que buscaron los cabalistas. Otro, es que los límites de Roma se dilataban hasta los límites del Imperio, lo que hacía que Roma fuera ubicua como la divinidad. Esta segunda magia perdura. Bajo cualquier altitud el hombre occidental está en Roma, la ciudad que tiene el tamaño del mundo. Ni el tiempo ni las guerras pueden tocar esta singular permanencia de una de las obras del hombre. Así, más importantes que las palabras que busco para expresarlas, es el hecho de que ellas pertenezcan, veinte siglos después del asesinato de César y en la otra margen del Atlántico, a un dialecto de Roma”. Borges

Hasta aquí mi carta, que es susceptible de ampliación,

Un fuerte abrazo,

Fernando de Gregorio